

TRINIDAD.—Huerfanato de Santo Domingo de Belmonte en Puerto-España. (Pág. 244).

CIRCULAR

DEL EXCMO. É ILMO. SR. DR. D. JOSÉ MARÍA DE URQUINAONA,
OBISPO DE BARCELONA,

ORDENANDO LA INSTALACION DE LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE
EN TODAS LAS PARROQUIAS DE LA DIÓCESIS.

Las graves ocupaciones de la visita pastoral, que casi vinieron á enlazarse con las de la santa Cuaresma, nos han impedido ocuparnos en un asunto que consideramos muy grave y de suma importancia: tal es la *Obra de la Propagacion de la Fe*, sobre que versó la muy interesante carta encíclica que nuestro santísimo Padre el Papa Leon XIII dirigió el 3 de Diciembre último á todos los patriarcas, primados, arzobispos y obispos del orbe católico (1).

Con palabras enérgicas y reflexiones que no pueden menos de interesar al alma cristiana, hace allí presente nuestro santísimo Padre los importantísimos servicios que prestan las Misiones católicas, y lo muy necesarias que hoy se hacen, por la desgraciada condicion de los tiempos que atravesamos, en que tanto se trabaja contra la Religion santa de Jesucristo, oponiendo obstáculos á la propagacion del Evangelio, y extraviando las inteligencias en las regiones mismas que han sido ya iluminadas por la divina revelacion.

Consecuencia funestísima de esta empeñada lucha de las tinieblas contra la luz es la escasez de operarios, con

(1) Véase este documento en la pág. 3. (*N. de la R.*)

motivo de haberse disuelto en muchas partes las Comunidades religiosas que proveian abundantemente á esta necesidad de las almas, y lo es asimismo el empobrecimiento de la Iglesia, que despojada por la Revolucion de sus propiedades y menoscabada en sus derechos, apenas cuenta con recursos aún para las necesidades más apremiantes del culto divino: por último, el demasiado apego á los intereses materiales, y la desmedida ambicion y sensualismo de nuestro desventurado siglo, hacen que los hombres, adormecidos en sus goces y aspiraciones puramente terrenas, olviden los deberes que tienen para con Dios y para con sus propios hermanos.

De todo esto se lamenta nuestro santísimo Padre, y poniendo un dedo en la llaga, animado de un celo verdaderamente apostólico, queriendo eficazmente remediar el mal, exhorta con muy sentidas palabras á todos los obispos para que, poniendo nuestra confianza en Dios sin decaer de ánimo ante las dificultades que se nos presenten, identificados en un mismo espíritu, con igual empeño nos asociemos á su paternal solicitud, prestando un auxilio pronto y eficaz á las Misiones católicas.

Para comprometernos más á ello nos hace presente que se trata de la salud de las almas, por las que nuestro Redentor ofreció la suya, constituyendo además al Sumo Pontificado, á los obispos y á los sacerdotes para el perfeccionamiento de las almas y para la edificacion de su cuerpo místico, que es la Iglesia. Obligados por ese admirable ejemplo que nos da el Salvador del mundo, añade Su Santidad que cada uno, en el lugar en que Dios le ha puesto para que custodie su grey, debe esfor-

zarse por todos los medios posibles, á fin de que las sagradas Misiones reciban los auxilios, que no se escasearon en mejores tiempos, arrancando desde el principio del Cristianismo la predicacion del Evangelio confortada y sostenida por las oraciones y limosnas de los fieles.

¿Cómo, pues, venerables eclesiásticos y fieles muy amados, desentendernos de un llamamiento de este género, que por la dignidad altísima de la sagrada persona de quien procede, merece nuestra más perfecta obediencia y nuestra veneracion más profunda, y por la naturaleza de la Obra que nos recomienda reclama imperiosamente nuestra más empeñada solicitud? Con toda nuestra alma deseamos llenar cumplidamente la voluntad del Sumo Pontífice, y por el amor que á Dios profesamos y el que debemos á nuestro prójimo, queremos cooperar eficazmente á la propagacion y sostenimiento de nuestra santa fe católica.

Ordenamos por lo tanto que en todas las iglesias parroquiales de nuestra diócesis se instale la *Obra de la Propagacion de la Fe* bajo la direccion de sus respectivos párrocos. Al efecto procurarán éstos dar conocimiento á sus feligreses de la importancia de esta Obra; pudiendo leerles la mencionada carta encíclica de Su Santidad y la breve reseña que se insertará en nuestro *Boletín eclesiástico* á continuacion de la presente Circular. En ella se explica bien su objeto, su historia y las indulgencias y privilegios que se han concedido por la Santa Sede á los que con sus oraciones y limosnas contribuyen al sostenimiento de las Misiones católicas.

La cooperacion que se pide no puede ser más sencilla. Rezar un *Padre nuestro* y un *Ave Maria* por la mañana y otro por la noche con la siguiente deprecacion: *San Francisco Javier, rogad por nosotros*, y dar de limosna dos cuartos cada semana.

¿Qué alma cristiana podrá negarse á prestar un servicio tan pequeño para una tan excelente obra que tan buenos resultados está dando en honra y gloria de Dios, en provecho de las almas y en bien de la sociedad?

Abrigamos la íntima persuasion de que si los reverendos párrocos llaman sobre este punto la atencion de sus feligreses, será muy crecido el número de los que se asocien á la *Obra de la Propagacion de la Fe*. Si como lo esperamos así sucediere, para hacer más fácil la recaudacion de las limosnas podrán formarse secciones ó grupos de diez personas, encargándose una de ellas, que forme cabeza del decenario, de recoger la cuota señalada por semanas y de entregarla al párroco en los domingos de cada mes, y en el caso de aumentarse mucho los bienhechores, podrán formarse nuevas decenas compuestas de los que hacen de cabeza en éstas, recogiendo de ellos la limosna del decenario; los que se designen para cabeza de las mismas, que representarán á cien asociados, entregarán los productos de su ofrenda á los mencionados párrocos.

Éstos abrirán un catálogo ó índice donde se inscriban los fieles que quieran practicar la buena obra, á fin de que conste el número de bienhechores con que se cuenta en cada feligresía, y de ello remitirán á nuestra Secretaría de Cámara una nota circunstanciada; porque nos proponemos formar un catálogo general de toda la diócesis para elevarlo al conocimiento de Su Santidad, por lo muy grato que ha de ser á su piadoso corazón el in-

terés que tomen nuestros diocesanos en esta tan interesante obra que ha recomendado al celo de los obispos, con el deseo de verla extendida y floreciente en todas las diócesis.

Para mayor estímulo, y queriendo por otra parte remunerar este acto de piedad y de misericordia, concedemos cuarenta dias de indulgencia por cada vez que devotamente se haga la mencionada oracion y se contribuya con dicha limosna.

Palacio episcopal de Barcelona, 25 de Mayo de 1881.
— JOSÉ MARÍA, Obispo de Barcelona.

(Sigue una breve explicacion del objeto y origen de la Obra de la Propagacion de la fe, que no reproducimos por haber tratado ya de ella con alguna amplitud).

EL HUERFANATO DE SANTO DOMINGO DE BELMONTE

EN PUERTO-ESPAÑA (ISLA TRINIDAD).

I.

La isla Trinidad, la más meridional de las pequeñas Antillas y la más próxima á la América del Sud, está situada en frente de Venezuela, á poca distancia de las Guayanas. ¿Cómo se explica que en dicha isla, colonia española hasta 1783 y distante miles de leguas de las Indias orientales, haya todo un pueblo perteneciente á las razas que viven entre el Indus, el Ganges y la China, la mayor parte bajo el dominio de Inglaterra? Debe notarse que los indos no son en modo alguno los descendientes de los indios caribes que Cristóbal Colon encontró en Trinidad en 1498, al descubrir esta isla en su tercer viaje.

Los primeros indígenas han desaparecido casi todos de las Antillas. Encuéntanse de ellos algunos restos en Trinidad, en el territorio de Arima y de Sabana Grande; son tambien de sangre mezclada, y hablan la lengua de sus conquistadores españoles, cuyos usos tomaron. Sin embargo, á orillas del Oronoco, á pocas leguas de Trinidad, muchos de esos indios siguen todavía en estado salvaje.

En estos tiempos la isla de Trinidad, como la mayor parte de las Antillas, es el punto de reunion de todas las razas humanas, exceptuadas tal vez las oceánicas. Encuéntanse allí, efectivamente, europeos, asiáticos, africanos é indígenas de la América, y es seguramente uno de los hechos más admirables de la historia de las emigraciones de los pueblos.

Cuando los primeros colonos europeos llegados á la isla quisieron entregarse al cultivo de los productos de los países tropicales, como la caña de azúcar, el cacao, el algodón, hicieron lo mismo que en Haití, Cuba, Jamaica, Puerto-Rico, etc.: introdujeron negros de la costa del Africa vendidos como esclavos por los corsarios, y este sistema continuó hasta esos últimos tiempos.

Pero, en 1840, apenas el Gobierno inglés declaró abolida la esclavitud en la isla de Trinidad, el primer uso que los negros hicieron de su libertad fué sustraerse al duro y penoso trabajo á que sus antiguos señores les habian sometido.

Un negro vive con muy poco: así es que faltaron brazos para el cultivo, y fué necesario suplir la falta de otro modo. Pensóse entonces en transportar á las Antillas

chinos contratados en Canton y en el Fo-kien, é indios de Calcuta y de Madras.

Los primeros coolies indios llegaron á la isla de Trinidad en Mayo de 1845. Pronto, bajo la autoridad gubernamental, se constituyó una sociedad de emigración para regularizar y organizar el alistamiento de trabajadores. Cada año llegan por miles, hombres, mujeres y niños. Terminado el tiempo de su contrata, quedan en libertad de volver á su patria ó de adquirir en la colonia terrenos de la Corona, prefiriendo la mayor parte permanecer en ella, en donde forman pueblos, mientras sus compatriotas recién llegados trabajan en las plantaciones.

Estos indos conservan su religion, sus costumbres y aún su traje nacional, y están esparcidos por casi toda la isla, formando el principal núcleo en la comarca de Naparim, muy favorable al cultivo de la caña de azúcar y en donde se encuentra la mayor parte de las plantaciones. En realidad constituyen ya un pueblo, pues forman una tercera parte de la población total de la isla, que es de 115,000 habitantes.

II.

Desde la llegada de los indos á la isla Trinidad, trabajó el protestantismo en adquirir prosélitos entre ellos. En 1857 el ministro protestante Richards trató de fundar en Tacarigua, á 10 millas de Puerto-España y en el camino de Arima, un asilo para huérfanos indos. Gracias á los subsidios del Gobierno y de sus correligionarios, emprendió la construcción de un gran edificio, admirablemente situado, en donde se hallan acogidos 50 huérfanos de uno y otro sexo.

En Julio de 1863 el Ilmo. Gonin, de la Orden de Predicadores, era nombrado arzobispo de Puerto-España por Pío IX, de gloriosa memoria, quien al mismo tiempo confiaba á los religiosos Dominicos la administración de la catedral y el apostolado de la ciudad de Puerto-España, que por sí sola constituye una Misión permanente, pues en ella se encuentran hombres de toda raza, de toda lengua y de toda religion.

La catedral (pág. 149) está situada en uno de los extremos de la ciudad, mientras los templos protestantes se hallan en el centro de la actividad y de la población. Pronto, pues, se experimentó la necesidad de erigir en lo alto de la ciudad una capilla pública, aneja á la catedral. Uno de los misioneros dominicos, el P. Forestier, dedicóse con todas sus fuerzas á esta obra, y no tardó en echar los fundamentos de una iglesia en un terreno adquirido anteriormente por el Ilmo. Spaccapietra (1). La primera piedra fué colocada el 14 de Mayo de 1866, y el 5 de Mayo del año siguiente el Ilmo. Gonin bendijo el nuevo templo bajo la advocación de Nuestra Señora del Rosario, juntándole una vasta escuela.

Esas dos fundaciones habian ocasionado gastos considerables, y sin embargo, aún antes de cubrirse las deudas contraídas, el P. Forestier meditaba una nueva empresa. A menudo en sus excursiones encontraba pobres niños negros abandonados y privados aún más del pan de la fe que del pan material, y no se le ocultaba el gran nú-

(1) Este Prelado, que murió siendo arzobispo de Esmirna, algunos años antes habia sido administrador de la archidiócesis de Puerto-España, en donde dejó señales imperecederas de su celo y de su caridad.

mero de huérfanos indos desamparados ó entregados al protestantismo.

Tal estado de cosas hacia sufrir mucho á los misioneros Dominicos, pero ¿qué podían hacer sin dinero, sin terreno, sin apoyo de las autoridades? Mas ¿qué importa? Cuando se trata de salvar almas, la verdadera caridad no conoce obstáculos.

III.

La ciudad de Puerto-España está situada á orillas del golfo de Paría, entre el mar y un grupo de verdes colinas, escalonadas gradualmente hasta la altura de 1,000 metros. En la primera de ellas y detrás del hospital colonial habia para vender un terreno perteneciente á un ministro protestante portugués. Era aquel sitio muy á propósito para la proyectada fundación, pero ¿quién compraría el terreno?

Sin perder un momento, el P. Forestier se dirigió al encuentro del Sr. Leroy, sugeto de corazón excelente y de recto juicio, dueño de una fortuna considerable adquirida por treinta años de trabajo incesante, y á cuya puerta nunca se llamaba en vano. Expúsole el Padre su proyecto y sus dificultades, y el Sr. Leroy entregó sin reparo el precio de adquisición, consistente en 2,000 dollars (10,000 pesetas).

Grande fué el gozo del P. Forestier, pero no era esto más que el primer paso: faltaba construir. El misionero logró reunir algunas limosnas que le permitieron comenzar la construcción de una casa de madera para albergue de los pequeños huérfanos. Luego, apelando á la caridad de algunas buenas mujeres de la ciudad, pidióles que se hiciesen madres de los niños que quería adoptar.

El huerfanato de Santo Domingo de Belmonte fué abierto en Setiembre de 1871 por el Ilmo. Gonin. Entonces contaba sólo tres niños de raza negra. Estos principios parecieron tan miserables á un elevado personaje testigo de la ceremonia de inauguración, que exclamó aludiendo á los tres pequeñuelos:

—Seguramente serán los primeros y los últimos: esto no podrá sostenerse.

Humanamente considerado, así debia ser. Pero las vías de Dios son muy diferentes de las nuestras, y de un grano de mostaza puede hacer salir un grande árbol.

Al terminar el año 1871, es decir, tres meses despues, contaba el huerfanato de Santo Domingo de Belmonte diez y ocho niños criollos. Verdad es que los comienzos eran muy difíciles. Cada mañana una de las buenas almas que se habian consagrado á esta obra iba á mendigar de puerta en puerta, y con el cesto en el brazo, el pan cotidiano. ¿Cuántas veces tambien veíase al P. Forestier recorriendo la ciudad y abogando, no sin buenos resultados, por sus queridos huérfanos!

Gran cosa era, sin duda, haber salvado de la miseria á infelices niños negros; pero el P. Forestier no se daba por satisfecho. Deseaba sobre todo salvar huérfanos indos, pequeños paganos á los cuales podría conferir la gracia del Bautismo. Para esto era preciso que el establecimiento de Santo Domingo de Belmonte fuese, como el huerfanato protestante de Tacarigua, reconocido de utilidad pública por el Gobierno. Consiguió este favor en Diciembre de 1871, y el día 15 del mismo mes fué admitido el primer niño indo.

En 1872 y 1873 creció el número de huérfanos, y en Enero de 1874, á pesar de las deudas, comenzóse un nuevo edificio, situado á la derecha del antiguo. Los niños, ya en número de más de cincuenta, y sus madres de adopción, tomaron todos en los trabajos una parte muy activa.

Apenas terminada la nueva construcción, el P. Forestier, cuya salud se había resentido gravemente, tuvo que partir á Europa, dejando á su sucesor, con muy pocos recursos, un personal más numeroso que sustentar.

El P. Violette aceptó diligentemente esta herencia fraternal, y siguió las huellas de su antecesor; pero á su vez en 1875 tuvo que acompañar á Europa al Ilmo. O'Carroll, coadjutor del Ilmo. Gonin, para reparar sus fuerzas. El P. Berthet, entonces superior de la Misión Dominicana, no vaciló en añadir á sus trabajos la administración del huerfanato, y cuando á fin de 1875 la restituía al P. Violette, había disminuido la deuda y aumentado el número de niños.

IV.

No obstante la abnegación de todos los que se consagraban al servicio del huerfanato, la obra necesitaba madres según la gracia, formadas por la vocación para este apostolado. El Ilmo. Gonin apeló á la caridad de las religiosas Dominicas que habían hecho admirablemente sus pruebas en la leprosería de Cocorita (1), y en Febrero de 1876 les fué confiado el huerfanato de Santo Domingo de Belmonte. En aquella fecha contaba el establecimiento 66 niños y 11 personas empleadas en el servicio de la obra.

En el mes de Diciembre siguiente el número de los miembros que componían la jóven familia de Belmonte se descomponía así:

Criollos de diversos países, 24 niños y 17 niñas; — indios, 14 niños y 15 niñas; — chinos, 1; — total, 71 huérfanos.

En 1877 la obra dió un gran paso. El gobierno de la colonia, satisfecho de los resultados obtenidos, concedió para cada niño una modesta asignación que les asegura el pan de cada día; pero ¡cuántas cosas quedan por hacer! Si el local fuese más capaz y los recursos más abundantes, pudieran admitirse otros muchos niños. Las cabañas que existían cuando el P. Forestier adquirió el terreno de Belmonte amenazaban ruina, y por otra parte hacía suma falta una capilla. El que dijo: *Non relinquam vos orphanos* suscitó almas generosas que remediasen tanta necesidad, y en 1879 se obró en la pequeña colina una gran transformación. Dejemos que nos la describa una de aquellas religiosas Dominicas:

«Hemos aplanado el terreno para construir. Nuestros niños han empleado en esto todas sus fuerzas, todo su valor; pero ¿qué hubiera aprovechado si Dios no nos hubiese enviado almas generosas secundadas por robustos brazos? hubiéramos necesitado una suma muy considerable para terminar este trabajo.

«Mencionaré ante todo la parroquia de Maraval, cuyos habitantes han venido cinco veces á darnos su tiempo y sus sudores, y siempre con la misma alegría y la

(1) La abnegación de estas religiosas forma una página gloriosa de las Misiones, que daremos á conocer á nuestros lectores. Basta decir por ahora que en pocos años han muerto gran número de ellas víctimas de su caridad.

mejor buena voluntad. Eran en número de 80, de 100, 160 y hasta 250, hombres, mujeres y niños. Todos seguían el impulso dado por su pastor, santo sacerdote español, desterrado hace muchos años, que ordinariamente marchaba á su cabeza. Maraval dista cinco millas de Belmonte, y el trayecto solo era ya una fatiga.

«A las cinco de la mañana el cañon daba la señal. La mayor parte de los que debían componer la comitiva habían tenido que dejar la cama mucho antes para llegar á tiempo á la misa que se celebraba y á la que asistían todos. Después se ponían en marcha precedidos del capitán, D. Juan de Dios, cuando no estaba el venerable Pastor. Seguían su ayudante Frejus y los cofrades del Santísimo Sacramento. A las siete comenzaban á llegar al huerfanato, y después de algunos momentos de descanso y de tomar café preparábase para la obra. Pero antes de comenzar dejábase oír la voz del capitán, y en medio del más profundo silencio, con la cabeza descubierta y el ánimo recogido ofrecían á Dios el trabajo que iban á emprender. ¡Hermoso espectáculo, en verdad! Así preparados, ponían todos manos á la obra con ardor. Los hombres cavaban, acarreaban los materiales necesarios, etc., mientras las mujeres y los niños llevaban á otra parte la tierra y los escombros. De vez en cuando el sonido de un cuerno ó bocina, ó bien algunos disparos de fusil, venían á reavivar la actividad de todos. A las doce suspendían el trabajo, y se les tenía preparado un rancho compuesto de sopa, tocino, berzas del país ó patatas. Durante la jornada venía á visitarles su Pastor, que tenía para todos una palabra y un sonris: era verdaderamente el padre en medio de sus hijos. «¡Padre, la bendición!» se oía á cada paso, y el Padre levantaba la mano para bendecir. A las tres y media se suspendía el trabajo. El Ilmo. Gonin, arzobispo de Puerto-España, había concedido muchas veces la bendición del Santísimo Sacramento, y su coadjutor, el Ilmo. O'Carroll, había venido á darla por sí mismo. Después de un caluroso discursito de gracias del P. Forestier (1) tomaban un sencillo refresco y disponíanse para la marcha. Precedíanles el P. Forestier, seguido de nuestros niños; iban después los trabajadores y trabajadoras, con sus enseres y herramientas en la cabeza ó en hombros, unos á caballo, otros en jumentos, respondiendo todos á la Letanía de la Virgen. Dificilmente podría imaginarse cosa más original y pintoresca. El Padre Cura cerraba la procesión. Caminábase media hora, el P. Forestier les hacía alguna exhortación, volvía á bendecirles, y á los gritos de: «¡Vivan los de Maraval! ¡Viva el huerfanato de Belmonte!» iban separándose, de regreso á sus casas.

«Los habitantes de Maraval no fueron los únicos en ayudarnos. Las sociedades de San Antonio, de la Santísima Trinidad, la población de Belmonte, renovaron muchas veces y sucesivamente escenas parecidas...»

La primera piedra de las nuevas construcciones fué colocada con toda solemnidad el 8 de Diciembre de 1878, con asistencia de los Ilmos. Gonin y O'Carroll, del señor Turner Irving, gobernador de la colonia, del Vicario general, de muchos religiosos Dominicos, misioneros del Espíritu Santo, sacerdotes seculares, y de lo más selecto de la población de Puerto-España.

(1) Este misionero volvió á unirse con sus queridos hijos de Santo Domingo de Belmonte después de dos años de separación motivada por su quebrantada salud.

En conclusion, las religiosas Dominicanas encargadas del huerfanato de Belmonte están llenas de confianza respecto al porvenir de dicha fundacion, y poco les importa una vida de privaciones y de sacrificios, mientras Jesucristo reine en las almas. Toda su ambicion es convertir pobres niños abandonados en cristianos instruidos y fervorosos, algunos de los cuales trabajarán más adelante, bajo la direccion de los misioneros, en la conversion del pueblo indo establecido en la isla Trinidad.

CORRESPONDENCIA.

CHINA.

Carta del Rdo. Fenouil, provicario apostólico, al Ilmo. Ponsot (1), obispo de Filomelia, vicario apostólico del Yun-Nan.

Tong-Tchuan-fu, 20 de Octubre de 1880.

En atencion á que V. I. desea saber el número exacto de cristianos y de catecúmenos de este distrito, voy á aprovechar la circunstancia que se me ofrece de hacerle conocer nuestra posicion actual en este país. Por el presente hay grandes decepciones y pocos resultados satisfactorios. Sin embargo, aunque no sin temores positivos, pueden abrigarse para un próximo porvenir esperanzas que creo bien fundadas, si bien no se realizarán sino á costa de cuidados asiduos y multiplicados.

Este distrito es nuevo; data apenas de un año y medio. Vine aquí por primera vez en 1878 para visitar antiguas familias cristianas, y como muchas otras mani-

(1) Esta carta no llegó á la residencia episcopal hasta despues de la muerte del Ilmo. Ponsot, fallecido el 17 de Noviembre último.

festaban asimismo deseo de conocer á fondo nuestra santa Religion, establecí un predicador en el país: tal fué el punto de partida. Se obtuvo gran número de conversiones. En La-Ku y sus alrededores contáronse cerca de quinientas. Tong-Tchuan no se hizo esperar. El movimiento empezó por Pascua del año último, y fué en constante aumento hasta Diciembre. Todos apresurábanse, temiendo llegar sobrado tarde. Acudian paganos de dos y tres jornadas de camino, y los jefes de familia en nombre de todos los suyos. Hasta hubo poblaciones en que casi todos los habitantes pidieron abrazar nuestra santa Religion. Para favorecer este general movimiento era indispensable una iglesia, y fué construida. Todo siguió bien hasta el mes de Diciembre, y todavía pudo tambien celebrarse la fiesta de Navidad con extraordinaria asistencia. Pero ¡ay! aquí fué el fin de nuestras prosperidades presentes y el comienzo de un inmenso desastre.

Hacia ya algun tiempo que varios extranjeros llegados de las provincias vecinas, jefes de la sociedad secreta conocida bajo el nombre de *Kiang-hu-hong* (sociedad de los rios y de los lagos), trabajaban el país y obtenian considerables alistamientos. Mas, como se ocultaban cuidadosamente, nadie sospechaba la gravedad del mal ni los peligros que podrian atraer á la tranquilidad pública.

El objeto de dicha sociedad, prohibida ahora en China, puede definirse con este solo nombre bien conocido: *La Revolucion*. Los nuevos adeptos obtienen, como diploma y con su dinero, un pedazo de tela grande como la mano en el que está inscrito su nombre, el grado que se le da, si lo compra, y la seccion á la cual se le incorpora. Con semejante documento ya no hay que temer



DE HAKODATÉ A YOKOHAMA.—Vista de Yonezawa. (Pág. 249).

cárceles ni procesos; la impunidad es general, y cada cual puede hacer fortuna.

Seducidos por tales promesas, los bribones y pícaros dieron desde luego su nombre; y en seguida los hombres honrados les imitaron por miedo.

En esto los reclutadores, alentados por el inesperado éxito, se aventuraron imprudentemente á exhibirse. El caso fué como sigue. Algunos de ellos habian cometido ciertos *pecadillos* que se castigan con la pena capital. En vez de ocultarse ó de emprender la fuga, reunieron en torno suyo gran multitud de los nuevos hermanos y amigos, y luego dijeron á los satélites: «Si teneis en poco vuestra vida, intentad prendernos.» Estos, comprendiendo de qué se trataba, batiéronse en retirada y dieron sus excusas. Con esta victoria los sectarios creyeron tener ganada para siempre la partida, produciéndose en consecuencia un movimiento general. Cada uno gloriábase de pertenecer á la Sociedad, y muchos que hasta entonces habian rehusado adherirse, se dieron prisa á hacerse inscribir.

Únicamente los cristianos permanecieron firmes, y esto fué precisamente lo que nos atrajo la saña de los sectarios, quienes juraron nuestra pérdida. Prevenidos los mandarines, nos hicieron las más bellas promesas; pero como no cumplian ninguna, volví á la carga, y estos señores concluyeron por confesar me que nada podian hacer, diciendo: «Tenemos pocos satélites y ningún soldado.»

Envalentonados por la debilidad del Gobierno, los insurgentes no guardaron ya límite alguno, y públicamente declararon que los cristianos iban á ser todos inmolados el día primero del año chino, 10 de Febrero de 1880. Alarmadas entonces mis gentes, no tomaron consejo sino de sí mismas. Contáronse desde luego, y hallaron ser dos mil hombres, muchos hábiles para combatir, y todos bien resueltos. Encontraron armas, pólvora y cañones. El campo estaba ya escogido sin que me hubiera llegado noticia alguna de tales proyectos. Aunque todos esos nuevos convertidos no tenian una idea completa de nuestra santa Religion, sospechaban que me opondría á que tomaran las armas, y así no me lo advirtieron hasta el último instante. Costóme indecible trabajo hacerles entrar en razon.

—Pero, me decian, si no nos está permitido defendernos, no hay más remedio que morir. Preferible es arriesgar una batalla; pues vencidos, seremos mártires; y vencedores, volveremos de nuevo al orden y todo será salvado.

—Mártires, no; rebeldes, sí. Los cristianos no pueden correr á las armas sino por orden de los mandarines, para combatir bajo la bandera del Emperador. Fuera de esto es rebelion. De consiguiente, os declaro que no reconoceré como cristianos á aquellos que no me obedezcan. Además, queda todavía una postrera esperanza. Mañana voy á la capital á exponer al virey los peligros que os amenazan, y sin duda S. E. tomará medidas prontas y eficaces.

Si bien poco tranquilizados y sólo medianamente convencidos, prometieron no emprender nada, y me puse en camino. Los mandarines superiores quedaron espantados, tanto más cuanto en otro punto muy cerca de la capital acababa de estallar una revuelta de esos mismos

kiang-hu-hong. Expidiéronse al instante á Tong-Tchuan órdenes precisas y oportunos consejos, lo que fué enteramente inútil, pues necesitábanse soldados, y faltaban por todas partes.

Después de mi partida, desalentada nuestra gente, retiróse cada uno á su casa. Los que no tenian familia abandonaron el país, y los demás para evitar la muerte hiciéronse inscribir en masa en la Sociedad *de los rios y de los lagos*. Los neófitos ya bautizados y algunas docenas de catecúmenos prefirieron exponerse á la muerte antes que faltar á su deber, y decian: *Suy pien bien tchu ly gnan pay*: «A la proteccion de Dios.» Después de esta defeccion casi general, nuestros enemigos podian estar satisfechos; así es que no se obstinaron en perseguir á aquellos de los nuestros que habian permanecido fieles.

Por fin los mandarines han probado un medio para detener los progresos del mal y aún disolver dicha Sociedad. La facilidad con que lo han conseguido es verdaderamente increíble. Únicamente es de lamentar que no empezaran más pronto. El virey dió en Junio una proclama en la que concedia indulto á los simples aficionados que, renunciando á sus compromisos, entregasen ó destruyesen por sí mismos el diploma recibido. Sólo los jefes fueron condenados á muerte, y muchos han sido ya ejecutados. La cabeza de los restantes está puesta á precio. Los extranjeros han emprendido la fuga, y los indígenas sométense en gran número. Al presente esta insurreccion, que amenazaba ser formidable, no inspira ya serios temores. Todos reniegan de ella, y los más comprometidos desaparecen. Habrá todavía algunas otras ejecuciones, y luego quedará todo olvidado.

Mientras tanto esta naciente cristiandad ha sufrido horriblemente. ¿Cuándo podremos reparar las pérdidas que hemos experimentado? Es verdad que algunos de los tráfugas han vuelto de nuevo á nosotros, pero no hay ya el entusiasmo de otro tiempo; el celo ha desaparecido. Y aún estos no son sino el menor número: ¿escucharán los demás nuestro llamamiento? Al presente hay aquí 58 cristianos bautizados y 200 catecúmenos que se resienten de la última agitacion y tienen suma necesidad de ser confortados.

ALTO-ZAMBESE.

(ÁFRICA AUSTRAL).

Carta del P. Croonenberghs, de la Compañía de Jesús.

Gubulawayo, 26 de Noviembre de 1880.

Gracias al Señor, me cabe hoy la satisfaccion de comunicar mejores noticias acerca nuestro viaje apostólico al país de Umzila. Conforme indiqué en mi última carta, desconfiaba de los relatos que hicieron á Lo Bengula sus embajadores en la Corte de Umzila, pues advertí en sus palabras detalles que no concordaban unos con otros. Hoy tengo de rectificarlos, lo que me prueba una vez más que en país salvaje, más aún que en otras partes, es preciso examinar las cosas de cerca. Entre tanto, á pesar de las últimas noticias más favorables, los PP. Law y Wehl encuéntrase de continuo en una situacion sumamente critica: espero con impaciencia los ulteriores informes que deben completar la historia de esta laboriosa exploracion.

Ocho días há, en la mañana del viernes 19 de Noviembre, recibí la imprevista visita de dos embajadores que el jefe Umzila envió al rey Lo Bengula: estos mensajeros me trajeron algunas líneas del P. Law, escritas desde el *kraal* de Umzila con fecha de 15-31 de Octubre último: estaban trazadas al lápiz y con mano temblorosa que revelaba suma debilidad. Hé aquí, según dicho Padre, el resumen de sus tribulaciones:

Después de haberse separado de los cazadores ingleses el 23 de Junio en la garganta de los *Monts-Insimbi*, llamada *Poort*, por $18^{\circ}57'38''$ de latitud y 31° próximamente de longitud (Greenwich), nuestros misioneros alcanzaron sucesivamente el pequeño y luego el gran Sabi: descendieron en seguida hácia el Sur, siguiendo la orilla izquierda de este río, que desemboca en el Océano indio cerca de Sofala. En esta parte del viaje los caminos fueron en extremo difíciles. Más de una vez los misioneros y su gente debieron abrir paso á su vehículo por medio del hacha, del azadon y del martillo. No podían avanzar sino con mucha lentitud, y con frecuencia sólo conseguían andar cinco ó seis millas inglesas por día: de ahí la extraordinaria duracion de su viaje y las dificultades de todo género que han debido vencer.

Durante todo el tiempo que viajaron del lado de acá del Sabi entre las tribus de los Maschouas, sujetas á Lo Bengula, fueron bien acogidos por ellas y tratados con amistad. Llevábanles á cuenta razonable, en cambio de telas de algodón y baratijas de vidrio, leche, trigo, carneros, etc.; mas tenían que pagar muy caro los numerosos guías que necesitaban para ir de una población á otra en un país al parecer enteramente desconocido á los dos guías matabeles que les había proporcionado Lo Bengula.

Mas así que llegaron al otro lado del Sabi y que pusieron pié en el territorio de los Maschouas súbditos ó tributarios de Umzila, las cosas cambiaron de aspecto, pues aquellas gentes apenas reconocen la autoridad casi nominal de este rey.

Un jefe inferior detuvo tres días á nuestros viajeros bajo pretexto de que los guías que pedían no estaban prontos para partir. El P. Law hizo observar á este *induna* «que los misioneros se dirigían al país de Umzila, que se había informado á este rey de su llegada, quien les autorizó el viaje.» El *induna* replicó:

— Esto nos importa muy poco; nosotros somos aquí los amos, y el rey Umzila reside muy lejos de nuestro *kraal*.

Al mismo tiempo las disposiciones de los salvajes respecto de los misioneros inspiraban la mayor inquietud. Según los dos matabeles, hablaban entre sí de saqueo y carnicería. El P. Law quiso imponérseles; dió enérgicamente la orden de marcha, y se partió.

El *induna* del *kraal* vecino mostróse menos hostil y casi favorable; informó al P. Law de las perversas intenciones del jefe á quien acababan de dejar, y previnoles asimismo que desconfiaran del *induna* á quien tenían que dirigirse inmediatamente. Resolvióse apresurar la marcha á fin de acercarse lo más posible al *kraal* de Umzila y ponerse bajo su protección.

Al pasar cerca del tercer *induna* creyóse notar, en efecto, que había sido advertido por el jefe del primer punto de la llegada de los blancos y de la buena presa

que podría hacerse de su vehículo. Numerosos grupos de salvajes, de terrible aspecto y amenazadores ademanes, rodeaban ordinariamente dicho vehículo; otros ocupaban los desfiladeros, lo mismo que los vados del Sabi y de sus pequeños afluentes, á fin de embarazar la marcha y despojar á los viajeros. Estos apresurábanse todo lo posible para salir de tan mal paso; no obstante, pudieron avanzar muy poco, pues estuvieron más de un mes para andar cincuenta millas.

Entonces fué cuando un accidente imprevisto vino á desconcertar á los misioneros, obligándoles á tomar una resolución extrema.

El jueves 7 de Agosto llegóse á un paso de los más difíciles: era indispensable cortar en la roca y aplanar el camino para hacer posible la marcha del carro. Fué un largo y penoso trabajo, en el que tomaron parte todos los Padres con sus guías matabeles, rodeados de una muchedumbre de salvajes más insolentes que nunca. De pronto, en medio de la faena y del tumulto, adviértese que el P. Wehl ha desaparecido. ¿Qué puede haber sucedido? Llámase, grítase y disparanse cinco tiros de fusil, señal convenida de reunion para la caravana. Espérase una hora. El P. Law envía sus negros en busca de su compañero, y promételes buena recompensa si le vuelven al vehículo.

En estas diligencias sobreviene la noche. Durante tres días nuestros matabeles recorren las cercanías sin encontrar vestigio alguno del misionero extraviado. ¡Evidentemente el P. Wehl había sido arrebatado y muerto por los salvajes! Así se pasaron tres días en mortales inquietudes. La multitud de los Maschouas aumentaba sin cesar en torno del vehículo, y sus demostraciones eran cada vez más hostiles, hasta el punto de que creyóse comprometida la vida de todos y el porvenir de nuestra obra. Era preciso, pues, evitar á todo precio una catástrofe que pudiera tener las más funestas consecuencias para el prestigio de los blancos y para la Mision entera del Zambese. Como los misioneros católicos ciertamente no pueden tratar de defender su vida con las armas en la mano, era preciso sustraerse á sus feroces enemigos. Túvose consejo, y resolvióse abandonar la noche siguiente el vehículo que retardaba la marcha, y que de todos modos dentro pocos días tendriase que dejar, á causa de cierta clase de moscas llamadas *tsetsé*. Llevaríase encima los vasos y ornamentos sagrados, las armas, los objetos más indispensables, y emprenderíase el viaje á pié á marchas forzadas hácia el *kraal* de Umzila.

El martes 10 de Agosto, al cerrar la noche y favorecidos por espesas tinieblas, los tres misioneros, P. Law, y HH. Hedley y Desadleer, acompañados de sus cuatro fieles servidores, los dos matabeles y otros dos negros, pusieronse en camino bajo la protección de Dios. Apresuraron el paso todo lo posible y recorrieron diez millas inglesas antes de salir el sol, y tras una hora de descanso anduvieron otras diez millas, de suerte que al medio día estuvieron en seguridad, muy lejos del alcance de los Maschouas. Deplorando la pérdida del querido compañero, la pequeña caravana se adelantó penosamente por lo largo del río Sabi, y encontró caminos espantosos. Felizmente pudo hallar en cambio buena caza, sin lo cual los misioneros hubieran perecido de inanición y de fatiga. Un gran rinoceronte cayó herido de un

balazo de un guía matabele. Los días siguientes, el H. Desadeleer y los negros mataron algunos *antilopes* y otra caza menor.

Por fin el lunes 20 de Agosto, catorce días después de la desaparición del P. Wehl y diez del abandono del vehículo, rendidos de fatiga, escualidos por el viaje y las privaciones, y atormentados por la fiebre que reina en todo el curso del río, alcanzaron los misioneros el *kraal* de Umzila. Únicamente el H. Desadleer estaba en buena salud; solo infatigable, nuestro robusto alemán multiplicábase en servicio de sus compañeros, que eran presa de la enfermedad, y les sostenía á la vez moral y físicamente.

El día siguiente fueron recibidos los misioneros por el rey, quien les acogió perfectamente, demostrándoles mucha amistad: puso á su disposición una pequeña cho-

za cafre próxima á la suya, é hizo que les diesen, lo mismo que á sus acompañantes, el alimento que necesitaban. Hizoles primero el presente de un novillo, y pocos días después les ofreció un carnero. No podía hacer más, pues no es tan rico como Lo Bengula, y además tiene poco ganado en su *kraal*: á causa de los estragos que en ellos hace la mosca *tsetse*, sus rebaños están diseminados y pacen en los montes; y sólo le envían las reses estrictamente necesarias para él y la gente de su Corte.

Desde su llegada al *kraal* de Umzila la dolencia del P. Law ha ido de mal en peor, y se encuentra, escribe, reducido á la última extremidad: si no se acude prontamente en su auxilio, cree que sucumbirá, y en tal caso dice que está pronto á hacer generosamente á Dios el sacrificio de su vida por la salvación de los pobres negros. No



COSTA DE BENIN (Africa occidental). — Iglesia de Lagos. (Pág. 256).

es más tranquilizador el estado del H. Hedley, pues el clima, las vigiliás y fatigas le han debilitado mucho, y sólo con gran trabajo puede prestar algún servicio al P. Law. El único válido es el H. Desadleer, á quien después de algún descanso Umzila le ha enviado entre los *maschonas* para tomar posesión del vehículo, que según noticias estaba intacto por el temor que se apoderó de aquellos salvajes á causa de la precipitada huida de los blancos y de la venganza que dicho rey no dejaría de tomar en ellos. Partió, pues, nuestro Hermano acompañado de los guías matabeles y de algunos cafres abagasas que le dió Umzila como defensores y en caso necesario para efectuar el transporte. Probablemente encontrará al P. Wehl en las inmediaciones del carro, pues hé aquí las noticias que tenemos acerca este misionero extraviado.

En la turbación y el desorden ocasionado por el difícil paso de que he hablado más arriba, dicho Padre separóse un momento del grueso de la caravana: extravióse siguiendo falsas indicaciones que le dieron los salvajes, y no llegaron á sus oídos las señales. Viéndose aislado y creyéndose perdido, hizose conducir por otro camino al país de Lo Bengula, llegando de esta suerte, tras fatigas inauditas é inquietudes fáciles de comprender, á un *kraal* amigo de los matabeles: tal es la aldea de Guddu, situada á la orilla derecha del Sabi, á igual distancia á corta diferencia entre Zimboe y el *kraal* de Umzila.

Fué muy bien acogido por los habitantes de aquel punto, quienes diéronle víveres en abundancia y ofrecieronse á acompañarle al sitio en donde había quedado

el carro de los misioneros. Tal es por lo menos lo que nos han referido los mensajeros de Umzila, que habian pasado por Guddu.

El Sr. Grant, que ha ido á socorrer al P. Law, debe igualmente atravesar esta aldea, que se encuentra en el camino más directo de Gubulawayo al *kraal* de Umzila, y podrá sin duda obtener más amplios informes acerca la situacion del P. Wehl. Hoy, 26 de Noviembre, debe haber llegado al punto donde reside este último rey.

El P. Law se concertará con él acerca el mejor partido que puede adoptarse, visto el estado de salud de los misioneros y el conjunto de las circunstancias. Si este Padre tiene aún bastantes fuerzas y restablécese algun tanto, cuenta dirigirse á Sofala con el H. Hedley para recobrar la salud, regresando al *kraal* de Umzila pasada la estacion de las lluvias, hácia el mes de Abril ó de Mayo. En Sofala podrán comunicarse fácilmente por mar con Zanzibar, Aden y Europa.

Hé aquí todo lo que sabemos de cierto respecto á los misioneros de Umzila. Esperamos que el Señor les sostendrá, y que les concederá las gracias y fuerzas que necesitan en medio de sus pruebas, para llevar á buen fin la mision que les ha sido confiada.

¿Qué noticias recibiremos del Zambese? El prolongado silencio del P. Depelchin me inquieta y no puedo desechar tristes presentimientos.

Como se ve, nuestras Misiones del Africa austral son una obra erizada de dificultades de todo género; y sólo pueden tener buen éxito mediante la gracia de Dios, y con prolongados y rudos trabajos, y una invencible constancia y paciencia inalterable. Todos los que vienen aquí deben gozar salud robusta, estar dispuestos á carecer de todo, tener una tenacidad inquebrantable, y estar decididos, por último, á sacrificar gozosamente su vida por Dios y por las almas.

Noticias del Cabo, de fecha de 15 del corriente, nos comunican que el R. P. Depelchin ha llegado felizmente á Tati, de regreso de su excursion al Zambese, acerca de la cual no se da detalle alguno.

DE HAKODATÉ Á YOKOHAMA.

III.

DE SENDAI Á NIEGATA.

Lunes, 10 de Junio.—Volvemos á tomar el camino de Poniente á pesar de una fina lluvia á la que los japoneses dan el nombre de *bai u* (lluvia de los ciruelos).

La llanura de Sendai termina al pié de pequeñas cuestas tapizadas de verdor. Desde lo alto de la colina contemplamos el magnífico valle de Moniwa, que vamos á atravesar pasando por el lugarejo del mismo nombre. Algo más lejos el camino entra en los desfiladeros que costean un torrente. La hoz ensánchase de improviso, y conviértese en un bonito valle en el cual está situado Cawasaki, pueblecito de 300 habitantes, á ocho leguas de Sendai. Abunda en los alrededores la cebada y el trigo, si bien la mayor parte del cultivo, como en los demás puntos de aquel país, consiste en arrozales. En el mes de Junio las lluvias son una riqueza para este género de cosecha; así es que por todas partes vemos á los indígenas activamente ocupados en trasplantar el arroz.

Martes, 11.—Después de partir de Cawasaki llegamos á Sasaya, villa de 250 almas, al pié de la garganta que lleva su nombre. El Sasaya-toghé puede tener unos 1,200 metros de elevacion. En la cumbre noté piedras erigidas en honor de los *camis* y de los *fotoques*. En todo el Japon vense á orillas de los caminos semejantes monumentos, con sus inscripciones dedicatorias esculpidas en la piedra. El descenso, por la vertiente occidental del país de Sasaya, es excesivamente áspero.

Llegamos sin accidente alguno á la entrada de la vasta planicie de Yamagata: ensánchase el camino, bordado de morales, y luego entra en *Yamagata*, antigua capital de la provincia de Udzen, ahora lugar principal de un *ken* (prefectura).

Aquí nos sorprendió agradablemente leer un cartel en inglés. Lo transcribo tal cual es. «*School.—The School founded by Seki and Unno is serve to teach English Knowledge if you wisce to learn it we will teach you carefully.*» —Traduccion literal, sin contar las faltas de puntuacion: «Escuela.—La escuela fundada por Seki y Unno es servir para enseñar el conocimiento inglés si deseais aprenderlo os enseñaremos con esmero.» Hice prevenir á los maestros que tres europeos deseaban hablarle; mas guardáronse muy bien de corresponder á nuestra invitacion: su «conocimiento inglés» pudiera correr grave compromiso.

Miércoles, 12.—Yamagata cuenta aproximadamente 4,000 casas y 21,000 habitantes. Las tiendas nada tienen de notable, y sus calles están llenas de lodo hasta lo sumo. Partimos de aquí á las ocho.

La llanura de Yamagata está formada por la bifurcacion de la gran cordillera del centro. Extiéndese de Norte al Sur, y puede tener quince leguas de largo; su mayor anchura alcanza hasta ocho leguas, pero se reduce en algunos puntos hasta tres ó cuatro kilómetros. Está enteramente cubierta de arrozales y de plantaciones de moreras, y hay tambien en ella muchas villas. Es un gran centro de sericultura.

A tres leguas al Sur de Yamagata subimos á una pequeña eminencia desde la que se descubre toda la parte septentrional de la llanura: las doradas mieses y los verdes bosques bajo los cuales se ocultan las poblaciones forman contraste con los arrozales. A nuestro frente el valle, algo más estrecho, es igualmente rico en bosques de morales. A un kilómetro de la colina de que he hablado hay *Caminoyama* (1,500 almas), cuyas sedas gozan de merecida fama. El modo de hilar y la cualidad especial de las aguas minerales que manan de las inmediatas colinas, preténdese que son las verdaderas causas de la superioridad de esas sedas.

A partir de Caminoyama abundan en todas direcciones las plantaciones de morales, siendo aún más espesas que en la parte septentrional de la llanura, sucediendo lo mismo hasta la gran ciudad de Yonezawa, á diez leguas al Sur.

Acayu, villa pequeña á la entrada de la parte meridional de la planicie, no tiene de notable sino sus aguas termales sulfurosas.

Jueves, 13.—El camino es recto, pero de tal modo descompuesto por la lluvia, que empleamos seis horas para atravesar la corta distancia de Acayu á Yonezawa.

Yonezawa es una ciudad de 16,000 almas. Antigua

capital de un principado de tercer rango, ha venido á ser cabeza del *ken* que lleva su nombre. En 1868 el daimio fué el primero en retirarse de la lucha, y su sumision fué un rudo golpe para el príncipe de Aidze, que contaba con él para la defensa de los pasos en las montañas del Nordeste.

A nuestra llegada nos complugo mucho el saber que un inglés conocido nuestro, el Sr. Dallas, residia en el castillo en calidad de profesor. Apresuróse á venir á estrecharnos la mano y compartir nuestra comida. Por su parte contribuyó á la pequeña fiesta procurándonos pan. El Sr. Dallas nos refirió su existencia modesta, pero no sin encantos. Seis ó siete horas de clase, estudio profundo del japonés y conversaciones continuas en esta lengua no dejan lugar al tedio. Proponíase al espirar el término de tres años renovar su contrato con el Gobierno de Yeddo. Desde entonces he tenido el placer de volver á verle en este último punto, á donde vino á pasar sus vacaciones.

Viernes, 14.—Separado momentáneamente de los Sres. de Bavier, no tenia por compañeros de viaje sino un oficial y un doméstico, ambos á prueba de fatiga.

En *Comatse*, ciudad de 3,110 habitantes, hicimos un corto alto.

En estos parajes he visto por la primera vez un árbol de mediano grueso, cuya flor, con sus cinco pétalos blancos simétricamente dispuestos, se destaca como un abultado copo de nieve sobre el verde follaje. Los japoneses le llaman *yama-cuba*, palabra que creo no tiene equivalente en nuestro idioma. La madera, dura como la piedra, es excelente para la construccion de suelos. Este árbol abunda en los bosques de la provincia de Etchigo.

A seis leguas, en la planicie, encontramos *Tennogo*, pueblo situado al pié de los altos montes que van hasta el mar occidental y á los cuales hemos de subir.

La primera que se nos presenta, el *Utse-toghé*, no tiene más de 800 metros de elevacion. Está sembrada de lirios rosas, que llaman *go gwatse yuri*, ó lirio del quinto mes; su forma es la de nuestro hermoso lirio blanco, y su perfume tambien suavísimo. No le he encontrado en ninguna otra parte, á pesar de que el Japon produce considerable variedad de lirios tigrados, blancos, violados y rojos.

En los valles y en las gargantas encuéntranse algunos lugarejos, cuyos habitantes trabajan todos en los campos, pues el día es magnífico. Una corneta rústica, cuyos sonidos repercutidos por mil ecos van á espirar en los torrentes, es la señal por cuyo medio el jefe del lugar llama á un hombre para el transporte de nuestros bagajes.

El camino en las montañas es rudo, pero bello. Cubierto de baldosas en los sitios rápidos, semeja una inmensa escalera. En las ramblas y quebradas vense enormes troncos derribados por aludes de nieve: esos bosques vírgenes están llenos de osos y jabalíes.

Al ponerse el sol advierto á mi frente, por la parte Sud-Oeste, y medio ocultos entre las nubes y cubiertos de nieve, los gigantescos picos del *Ideyama*. Cuando llegamos á *Ocuni*, el *tu-ya* ó casa de posta nos pareció una morada deliciosa. Sin buscar una posada para pasar la noche, nos tendimos sobre las esteras.

Sábado, 15.—*Ocuni*, bonita villa de 900 almas, atravesada por un torrente, está sentada al pié del *Hicone-toghé* que debemos atravesar. Lo subimos en una hora, y llegamos á *Tamagawa* (rio de las perlas), villorrio situado á algunas leguas al Nordeste del *Ideyama*, en un estrecho valle, cerca de un torrente cruzado por un puente á la altura de veinte metros. Pedí tres caballos de silla, pues debíamos ascender al *Ori-toghé*. En la cumbre un sencillo poste indica la separacion de las provincias de *Yonezawa* y de *Etchigo*. Allí advertimos algunas obras de tierra que en otro tiempo levantaron los *kowangunes* para contener las tropas confederadas del Norte: estos trabajos fueron de poca ayuda, pues el enemigo penetró hasta en el *Etchigo* ó provincia de *Niegata*.

Llegamos al pueblecito de *Numa*, incendiado en 1868 por el príncipe de *Yonezawa*. Dos leguas más léjos entramos en un valle por el que corren un soberbio rio y numerosos riachuelos, y que termina en la llanura de *Niegata*, de treinta leguas de longitud por un promedio de ocho de latitud. Al salir de un bosque de pinos nos encontramos en *Curocawa*, ciudad de 2,000 almas.

Domingo, 16.—Muy temprano proseguimos nuestra marcha por la llanura. Atravesamos varias aldeas y *Nacadojo*, ciudad de 3,400 almas. A las nueve de la mañana llegamos á *Kaji*, y algunos minutos más tarde una embarcacion nos condujo al deseado puerto de *Niegata*. Los numerosos riachuelos que serpentean entre los campos pantanosos se reúnen y dividen en diferentes brazos y van á formar el gran rio, á cuyas orillas está edificada *Niegata*. Las riberas de estos cursos de agua son de extremada monotonía. Por fin divisamos *Niegata*, adosada á las colinas arenosas que costean el Océano. El aspecto de la ciudad nada tiene de agradable: la arena y los pantanos que la rodean hacen de este país el más repugnante que he encontrado en mi viaje. Empero el gozo de volver á ver á un compañero lo embellecía á mis ojos de incomparables encantos.

Del lunes 17 al jueves 20.—*Niegata*, ciudad de 24,000 almas, es quizá el sitio menos bello de todo el Japon, lo que le ha valido sin duda el honor de ser abierto al comercio extranjero. No puede negarse que, hasta estos últimos tiempos, los celos de los japoneses han sopor-tado con pena la presencia de los europeos, y para vengarse de la impotencia en que se encontraban de expulsarlos les escogieron parajes inabordables.

La ciudad de *Niegata* era suficientemente asquerosa por sí misma para que tuviera que hacerse algun cambio en ella, y así fué abierta tal como estaba. No se explica cómo los ministros de las potencias en tratos de comercio con el Japon han recibido como puerto una plaza en la que nunca ha existido una rada; es inabordable durante siete meses del año, y aún peligrosa durante la buena estacion. Compréndese que el comercio nunca haya podido tomar grande extension en semejante puerto, en el que sólo una casa alemana se ha atrevido á establecerse. A mi paso *Niegata* contaba cuatro ó cinco residentes: el cónsul inglés teniendo por protegido al Sr. *Évrard*, mi compañero y dos alemanes, uno de ellos agente consular de Prusia. Estos pobres desterrados hacia quince meses no habian visto buque alguno en el horizonte.

En la revision de los tratados Niegata será definitivamente abandonada. Si el país se abre por completo, nadie querrá establecerse en una ciudad tan mal situada; en caso contrario, la reemplazaria otro puerto.

A mi llegada supe que cinco semanas antes había estallado en la provincia una temible revuelta, que había sembrado el terror entre los residentes europeos y los japoneses. Todos estaban prontos á partir; los extranjeros á bordo de un vaporcito que el Gobierno puso á su disposicion, y los indígenas por donde les fuera posible.

La causa de la insurreccion fué que, so pretexto de abrir un canal para regar los arrozales, el Gobierno de la provincia imponia servidumbres y cuotas exorbitantes. Los aldeanos, ya agobiados de impuestos, y excitados además por los oficiales caidos, se sublevaron en masa, y llevaron el saqueo y el terror hasta las puertas de Niegata. Afortunadamente los doscientos hombres de tropa que habia en la ciudad pudieron dar cuenta de aquellas hordas indisciplinadas: los más culpables fueron presos y ajusticiados, los demás se dispersaron, y todo volvió á quedar en calma.

Todos los días íbamos á respirar en la playa el aire fresco de la tarde. El mar estaba tranquilo y bello, y nadie pudiera sospechar que fuese tan terrible durante los largos meses de invierno. Muy pocos buques se han aventurado hasta el presente en el puerto de Niegata, y sin embargo ¡cuántos naufragios ha habido ya! Buena prueba son de ello los cascotes y restos de buques europeos y japoneses esparcidos por la playa. A dos leguas más abajo véanse todavía los destrozos del *Runnemedé*, velero inglés que chocó contra la arena y fué hecho mil pedazos por las olas en los primeros días de Enero de 1870.

Cuando surge un repentino huracan, los juncos que por desdicha encuéntranse en el mar no tienen más remedio que ir á chocar contra la playa: destrózanse, es verdad, pero á lo menos los hombres que los montan escapan á una muerte segura. Si no pueden llevar á cabo esta maniobra desesperada, el junco es arrastrado por las corrientes sobre la barra, en donde todo se estrella. El Sr. Evrard ha sido ya testigo de más de un siniestro de este género. Hace tres años dos capitanes europeos perecieron ahogados al querer atravesar este peligroso paso: la embarcacion zozobró, sin que pudiera salvarse uno solo de sus tripulantes. Los cuerpos de las víctimas, arrojados á la playa, yacen ahora en un bosque de pinos.

Á BORDO DE UN JUNCO CHINO.

(Continuacion).

4 de Febrero de 1880.

El frio es otra vez riguroso, y para colmo de infortunio no tenemos con que mantener el brasero de que nos servimos para calentar un poco los piés. Lluve, y el viento Norte arrecia que es un gusto, de manera que todo un costado de la barca está inundado á causa de las hendiduras por donde penetra fácilmente la lluvia. La disenteria me hace sufrir mucho, y no sé cuándo lle-

garémos... Debiéramos ya estar en Tchon-kin-fu, y aún no hemos andado la mitad del camino.

Ayer corrimos otra aventura. Habíamos tenido la desgracia de penetrar demasiado en un pueblo, y en un santiamen nos vimos rodeados de unos 500 habitantes que atronaban el aire con sus gritos y aullidos. Nos dirigimos al río, y como la barca estaba cerca, vino inmediatamente el bote á buscarnos y pudimos salir del mal paso.

6 de Febrero.

Tengo que suspender mi diario de viaje. La lluvia ha inundado mi cama. Toda la noche pasada ha corrido el agua en torno de mi almohada, hasta que al fin y poco á poco he ido apoderándome del lecho de mi vecino. No sé dónde ni cómo ponerme para escribir. Tenemos lluvia, viento y nieve, sin la menor ascua con que calentarnos ó secarnos. A duras penas puedo leer en mi breviario, pues las corrientes de aire me han dañado de mala manera los ojos. Dos veces al día me los lavo con láudano, y confio no tardarán en curásemme.

Añadid al hambre que nos amenaza, pues para llegar aquí hemos empleado un mes, en lugar de los quince días que se necesitan, y ni tenemos provisiones, ni es posible comprarlas en los pueblos que encontremos. Gracias que podamos contar con un poco de arroz: más aún, el capitán del barco está ebrio la mayor parte del tiempo, y lo mismo todos sus hombres, quienes poco á poco se han *incautado* del vino de arroz que teníamos. Como veis, la vida es por el momento un poco triste, pero todavía reina entre nosotros el buen humor. Nos reímos de nuestras miserias, sobre todo con nuestro querido cocinero *Yes*, que es en verdad todo un buen chico y nos divierte mucho. Toda su dicha y su principal contento es el verse admitido en nuestro camarote ó departamento. Se ha herido gravemente en un dedo, y sabe siempre encontrar ocasiones para quitarse el vendaje y procurarse el placer de que uno de nosotros le cure. Nos hemos empeñado en enseñarle un poco el francés, pero él dale que dale con su *yes*.

7 de Febrero.

Hoy he presenciado una escena de costumbres chinas que, bien ó mal, quiero describiros, aunque sólo tenga un ojo sano. Platicábamos familiarmente, cuando hemos oido salir del otro departamento injurias, gritos de angustia, etc... Corremos á la puerta y vemos á Liao-tzentzé, que nos sirve de correo y es el hombre más benigno, el más tranquilo y flemático que pueda imaginarse, vémosle, digo, empeñado en dar una leccion de suma importancia nada menos que al capitán. El pobre paciente estaba tendido, con las manos en la cabeza, y nuestro hombre parecia ir recto al bulto... Cuando tenia un pié cansado, valíase del otro, y al mismo tiempo hacia maniobrar sus dos puños de manera que habian de envidiarle los ingleses más diestros en el pugilato. Llovian las injurias como granizo, y bajo tan soberana tunda el culpable ni probaba de resistir, contentándose con berrear como un ternero á quien degüellan. Podeis calcular cuán poco grato nos fué tal espectáculo, de modo que cerramos vivamente la puerta, dejando que ambos contendientes se las compusiesen. Tenemos prohibido mezclarnos poco ni mucho en los asuntos de nuestros

correos. Ellos se entienden mejor que nosotros, y por otra parte nuestros tres cristianos, incluso el Yes, son de lo mejor que hay en el Su-tchuen; pudiendo, por lo tanto, contar plenamente con ellos.

Segun parece, estas correcciones son indispensables para una buena administracion; pero todavia no sé darme cuenta de semejante escena. Nunca hubiera creido que un hombre, aun el último de todos, pudiese dejarse tratar peor que un perro! y eso que no se trata aquí de un hombre de los de más baja estofa; al contrario, nuestro capitán es rico, y el pasaje en su barca cuesta caro, pues le pagamos por nuestro viaje 300 taels (unos 2,000 francos). ¿Cómo se explica que un hombre de su categoría se deje tratar peor de lo que podría sufrir el último patán de Europa? ¡Pobre pueblo! ¿Cuándo, pues, nuestra santa religion habrá hecho circular bastante sangre cristiana en tus venas para levantarte un poco á tus propios ojos? La leccion ha sido saludable para nuestro barquero, y desde entonces no pasa por delante de nosotros sin temblar. Su crimen consistía en haber dejado mojar algunas cajas.

¡Ah! mis pobres ojos están en deplorable estado. A lo mejor he tenido que cerrar mi breviario por no poder leer. Fortuna que Yen-tzen-tzé y Liao-tzen-tzé, algo entendidos en medicina, me han aliviado bastante. Tengo confianza en ellos, pues he oido decir á otros misioneros que si sus remedios son á veces curiosos, no son menos eficaces, y que muchos médicos chinos, en ciertos puntos de su arte, podrian aleccionar á sus cofrades de Europa...

Aquí me detengo, pues uno de mis ojos está llorando incesantemente, y no me deja ver.

8 de Febrero.

...Hé aquí un nuevo rasgo de las costumbres chinas. Queríamos comprar un perrito para distraernos, y tambien, decíamos, para darle á roer los huesos de las gallinas que alguna vez nos trae nuestro latinista Yen-tzen-tzé; pero, segun parece, muchos de nuestros barqueros, incluso el capitán, desempeñan perfectamente el papel de roedores de huesos. Hoy mismo, domingo, teníamos una gallina, y hemos podido asistir á la operacion. Estas son cosas del otro mundo para nosotros los europeos, que llevamos tan alto el respeto á nuestras personas.— Se me figura que los chinos carecen completamente de todo un orden de ideas. Por ejemplo, enseñadles á cerrar una puerta si podeis. Nos ven enfermos á consecuencia de las corrientes de aire, pero ¡qué importa! pasarán treinta veces al dia, y otras tantas dejarán la puerta abierta.

En punto á limpieza y aseo, ya es otra cosa. Se nos tiene prohibido acercarnos á la cocina, y creo que no sin motivo... ¡Si viéseis en qué estado se halla nuestro servicio de mesa!... Y eso que nos toman por grandes señores cuyos gustos saben no son los de ellos y que además merecen toda suerte de miramientos.

Pasaré discretamente en silencio la cuestion sobradamente interesante de los bichos de toda clase que pululan en la gente del pueblo, porque os horrorizariais...

9 de Febrero.

Nuevo vapuleo administrado al dueño de la barca. Esta vez no era el venerable Liao-tzen-tzé, sino el jóven

y vigoroso Yen-tzen-tzé, quien daba la correccion, y no á puñetazos y puntapiés, sino con un nervio de buey. El infeliz habia cometido ahora un gran crimen. Era la víspera del primer dia del año, y debia dar á su gente carne en lugar de arroz. El taimado no lo habia hecho así, y los barqueros se habian declarado en huelga, negándose á avanzar. A pesar nuestro hemos tenido que presenciar el nuevo correctivo. El paciente estaba verdaderamente admirable: vuelto de espaldas á su jóven corrector, recibía la azotaina con la mayor calma. Despues han vuelto á comenzar las disputas, pero Yen-tzen-tzé se les ha impuesto á todos con su nervio de buey.

10 de Febrero, dia 1.º de la 1.ª luna,
1.º del año chino, 6.º del emperador Quo-anh-chu.

Bien hemos inaugurado nuestro año chino, pues he tenido la dicha, muy grande en las circunstancias actuales, de ofrecer el santo Sacrificio. Despues ha celebrado misa uno de mis compañeros de Mision. En este momento los chinos de nuestra barca y de las barcas vecinas despertáronse de súbito. Como si el *pussa* hubiese querido reirse de nosotros, en el momento más solemne, cual es el de la consagracion, comenzó á resonar un formidable concierto de gritos, cantos, petardos y tam-tam que duró largo rato. ¡Infelices, que se postran ante un ídolo inmundo! ¡si hubiesen sabido lo que muy cerca de ellos pasaba en aquellos momentos! ¿Cuándo, Dios mio, lo sabrán? ¿cuándo brillará para ellos esta divina estrella de la Epifanía cuyos vívidos destellos fueron hace tanto tiempo á regocijar y renovar el lejano Occidente; esa hermosa estrella dorada, simbolo de nuestro apostolado, que brilla en medio del oro y del azul en la bóveda de nuestra capilla de la calle del Bac, y que tan bien habla al corazon de esa animosa hueste de jóvenes aspirantes, futuros apóstoles de mi querida China? ¡Pobres chinos! riome un poco de sus cosas; pero ¡ah! si supiéseis cuánto les amo y cuán gustosamente derramaria toda mi sangre por la salvacion de sus almas!

...Despues de la cena debian comenzar las ceremonias. Toda la tripulacion ha venido á felicitar el año nuevo á nuestros correos y se han hecho mútuos regalos. A nosotros nos dejaban en paz, atendida nuestra elevada categoría, haciéndose empero todo en nuestro nombre y sin nuestra intervencion. No obstante, como teníamos curiosidad de verlo todo y el ceremonial chino nos divierte, hemos contemplado desde las rendijas de nuestro departamento las cortesías y cumplidos y no sé cuántas mogigangas que no entendíamos, pero que nos han hecho pasar un buen rato.

Pensábamos que todo acabaria aquí, pero un momento despues se adelanta nuestro latinista con su libro de rezos en la mano, y nos muestra gravemente todos los himnos que se cantan en las iglesias en la noche del primer dia de año. *Canta nobis paulisper*, le he dicho, y él ha contestado tristemente: *Non est hic locus*. Entonces nos ha indicado que él y sus dos compañeros vendrian á saludarnos por el fin de año. Debian presentarse despues de nuestro rezo, pero Yes no pudo esperar tanto, y aprovechando un momento en que estaba solo con nosotros para llevarse el té, postróse con la cabeza en el polvo, saludándonos á lo chino.

Llegado el momento, hemos hecho á nuestros cristia-

nos la mejor acogida, incluso *Yes*, que está siempre dispuesto cuando se trata de entrar en el departamento de los Padres. Al efecto se habían puesto los tres sus mejores vestidos de seda, su magnífico sombrero de ceremonia, etc., y dos veces distintas se han inclinado profundamente y con el mayor respeto ante los sacerdotes de la santa Iglesia católica, diciéndonos no puedo decir bien qué, pues Yen-tzen-zé olvidaba traducirnos sus palabras en latín.

11 de Febrero.

Durante toda la noche hemos tenido tam-tam y pe-tardos en nuestra barca y en las vecinas. Nuestros barqueros, á los cuales se habían repartido chapecas, han jugado buena parte de la noche y han venido á las manos, perdiendo uno de ellos los calzones, si no he comprendido mal á Yen-tzen-tzé. La zambra que han movido debía tener grandemente encantados á todos los *pussas* de la vecindad, pues todo se hacia en su obsequio. Esta mañana nuestros correos han asistido á la misa, y luego han vuelto á comenzar la ceremonia de ayer. Nada notable ocurre al exterior: los chinos visten sus mejores trajes, y no hay temor á los ladrones, pues nos hallamos en un puerto. De aquí no saldremos hasta pasados muchos días, pues por todo el oro del Perú el más mísero de los chinos no quisiera trabajar durante su grande y única fiesta.

12 de Febrero.

A pesar de lo dicho nuestros barqueros han resuelto partir. Verdad es que su celo no era desinteresado, pues en el pequeño puerto en que nos hallábamos no podían gozar de todos los placeres de la gran fiesta. Hoy se han decidido á caminar algunas leguas con objeto de llegar á Cha-che-ien, en donde podrán encontrarlo todo, carne y vino de arroz. Algunos de mis hermanos han saltado á la orilla, siguiendo la barca á pié...

Hemos llegado al puerto mencionado. Los habitantes continúan de fiesta con sus vistosos trajes. Nada más divertido que el espectáculo que presenta el muelle enteramente cubierto de chinos vestidos de gala y haciéndose gravemente, metidas las manos en las mangas, los saludos de buen año. Lo enojoso es que no podemos salir, pues no faltarian badulaques que se amotinassen al rededor nuestro, á pesar de nuestros trajes, siendo capaces de echarnos al agua.

14 de Febrero.

Sólo debíamos permanecer dos días en Cha-che-ien, y han transcurrido ya tres. ¡Divertidos estamos aquí, en el puerto, encerrados todo el día en nuestro reducido aposento, sin poder dar un paso fuera! Para colmo de desdicha, Yen-tzen-tzé viene á comunicarnos que nuestra barca no podrá llegar hasta Tchong-kin-fu, á causa de la impetuosidad del río, cuya corriente la estrellaria contra las rocas. Hay, pues, que trocirla por otra más sólida. Cabalmente los chinos son lentos y cachazudos á no poder más en sus asuntos, y por consiguiente deberemos aguardar mucho tiempo. Además, ¿cómo hemos de componernos con el propietario de nuestra barca, que debía conducirnos hasta Tchong-kin-fu? ¿Consentirá en perder una parte del precio convenido? Por otra parte, ¿cómo alquilar otra barca, si apenas nos queda una blanca? En fin, en Dios confiamos, pues tiene con sus misioneros una providencia especial.

DE BAGAMOYO Á LOS LAGOS NYANZA Y TANGANIKÁ.

II.

DE TABORA AL LAGO TANGANIKÁ.

(Continuacion).

8 de Febrero. — Hoy hemos tenido lluvia abundante, siendo estos cambios bruscos de temperatura una de las causas de nuestro estado enfermizo. Estamos en una época de transición entre la estación de las lluvias, comenzada á la mitad de Noviembre, y el tiempo de la *masika*, durante el cual serán, según dicen, muy abundantes.

10 de Febrero. — En Ujiji, al menos en la época en que estamos, el calor no es intenso, puesto que tenemos una temperatura media de 20° centígrados.

Hasta el presente, sin hablar de los momentos en que la fiebre nos tiene en cama, tenemos generalmente que recurrir, sobre todo por la mañana, á nuestros albornoces de Argelia.

11 de Febrero. — El P. Dromaux se ha puesto otra vez enfermo los dos días anteriores, y estamos todos cuatro tendidos en nuestras esteras sin poder valerlos; de modo que nuestro cocinero puede gozar de completa libertad y gozar de vacaciones. Los árabes vienen á vernos á menudo, pero sus visitas son cortas.

El superior de la Mision inglesa viene tambien con frecuencia, haciéndonos siempre toda clase de ofrecimientos. Nos ha referido lo que sucedió á su llegada á Ujiji con sus compañeros. A su aproximación los árabes habían hecho correr la noticia de que los blancos venían en son de guerra para apoderarse del país, y las poblaciones estaban sobrecogidas de espanto. Apenas penetraron en el Ujiji, todos los árabes se reunieron para saber si convenia recibirlos ó rechazarlos. «Poco faltó, decia, que no nos obligasen á tomar otra vez el camino de Zanzibar, y nos prohibieron construir ó comprar casa alguna en la ciudad y en las cercanías.» Como hablasen de explorar el lago, impidieronles construir un barco. Entonces para hacerse independientes de los árabes que, despues de esas prohibiciones, les proponian prestárselo todo, alquilaron una casa por 300 piastras (1,500 pesetas) anuales, y una embarcación por 800 piastras. Al punto izaron bandera inglesa delante de su vivienda; pero los árabes, alarmados, les obligaron á quitarla.

Cuando llegamos á Ujiji los ingleses tenían aún que sufrir de los árabes, que veían en ellos enemigos de la trata de negros y de su influencia política. Nosotros nos vemos libres de tales vejaciones, y hasta se nos dijo que podríamos construir una casa donde y cuando nos pluguiese. Además, nos envían á menudo pequeños presentes de arroz, harina, frutas, etc. ¿Durará mucho esta buena inteligencia? ¡Quién sabe! Acaso nos crearán dificultades cuando tratemos de fijarnos definitivamente. Mas no importa; nada tememos: *Si Deus pro nobis, quis contra nos?*

17 de Febrero. — Gran borrasca: el termómetro ha variado de 20° á 28°. El carpintero encargado de nuestros trabajos de reparación viene al fin á colocar una ventana con gran sentimiento de Soliman, nuestro propietario. Hijos de las tinieblas, los árabes no pueden comprender que amen el día los hijos de la luz.

26 de Febrero. — El jefe de la Mision inglesa parte hoy

para una excursión de ocho días por el lago, con gran disgusto de los árabes, temerosos de que esos señores vean de demasiado cerca lo que pasa en las orillas del Tanganika.

3 de Marzo.— Hay guerra en el Manyema, entre los árabes de Zanzibar y los portugueses mestizos venidos del Atlántico. Según dicen, las causas de la lucha son todas comerciales: el marfil y la trata, sin duda!

Multitud de hombres del Ujiji, que se encontraban en el Manyema, vuelven á sus hogares.

6 de Marzo.— En el límite de la provincia de Ujiji, hacia el Norte, á dos ó tres jornadas de aquí, comienza la provincia del Urundi, en la que según nuestros informes no nos sería difícil fundar una Misión si pudiésemos penetrar en ella. Hacia el Sud, como tengo dicho, hay que ir muy lejos para encontrar habitantes, y una parte de la costa es devastada por los Ruga-Ruga. Estos detalles, dados por el Sr. Stanley después de su último viaje, han sido confirmados por todos los viajeros á quienes hemos consultado.

El Urundi, al contrario, es muy poblado, y forma un país inmenso que comprende toda la parte Noroeste y Norte del lago, desde el Ujiji hasta el Uvira. Ignoro sus límites en el interior.

10 de Marzo.— Aunque Ujiji esté en poder de los árabes, que ejercen aquí la más absoluta autoridad, tiene también un indígena titulado Sultan, á quien los árabes dan ó quitan el poder á capricho y según su interés. Este personaje vive lejos de Ujiji, en el interior, y nunca viene aquí, porque sus dioses le prohíben ver el mar (el lago Tanganika). Hay un visir ó agente que reside en Ujiji.

Al hablar del Unyanyembé he hecho también mención de un sultan que comparte la autoridad con el wali árabe y manda á los indígenas. Esta autoridad es puramente nominal, pero constituye un gran recurso para los árabes musulmanes, que saben servirse de ella admirablemente colmando de lisonjas al titulado sultan, que les permite obrar á su gusto con los indígenas.

Anteayer recibimos la visita del visir de este sultan de Ujiji, acompañado de Hassan y de Soliman, hijo de Moini-Heri. Vino para que le hiciésemos un presente. Hassan abogó por él lo mejor que supo, diciéndonos que tratábamos con un gran personaje. Por toda respuesta dijimosle que también nosotros éramos personajes, y sin embargo nada habíamos recibido del visir, que hasta hoy nos era completamente desconocido. Después de lo cual se retiró.

Hoy nos ha enviado dos cabras ya viejas y un poco de arroz, correspondiendo nosotros con otros objetos que representaban muchas veces el valor de un presente tan poco regio.

CRÓNICA.

Roma.— El P. Gabriel Cardahi, superior y administrador del hospicio maronita de San Pedro *ad Vincula*, ha publicado dos obras importantes. La primera se titula *Tesoro precioso de la lengua siríaca*, y la segunda *Al Ikam*, sobre el arte métrica y la enseñanza de esta misma lengua. Esta notable publicación le ha valido una carta llena de elogios del Dr. Teodoro Noldeke, uno de los más ilustres filólogos alemanes. Las siguientes líneas que de ella tomamos dan una alta idea

de la importancia de los trabajos del P. Cardahi: «Esperamos que vuestro libro será un manantial de ciencia para los que quieran estudiar la lengua siríaca, tanto en Occidente como en Oriente, y que muchos de vuestros compatriotas maronitas y sirios reportarán de ella gran ventaja para aprender la lengua de sus padres y penetrar el sentido de sus profundos escritos.»

Constantinopla.— Dos obispos, nueve monjes Antoninos y tres eclesiásticos neo-cismáticos hicieron en Marzo último su abjuración y volvieron al seno de la Iglesia católica. Los dos primeros son: el ilustrísimo Kasandgian, antes arzobispo de Antioquia, de la Orden de los Antoninos; y el Ilmo. Moisés Amberboyan, que pertenecía al convento de Mechitaristas de San Lázaro de Venecia, y que se hizo consagrar obispo en el cisma. La Santa Sede no ha reconocido su título por ahora, y sólo le ha permitido usar el traje morado.

Absovióles de sus censuras el delegado de Su Santidad en Constantinopla, Excmo. Sr. Vicente Vannutelli. Al día siguiente se presentaron al Ilmo. Estéban Azarian, Vicario del patriarcado vacante. Todos los arzobispos y obispos del sínodo de Constantinopla, que aún permanecen en la capital del Imperio otomano hasta el definitivo nombramiento del Patriarca armenio en reemplazo del nuevo cardenal Hassun, le recibieron con júbilo.

El 15 de Marzo, otros tres monjes Antoninos abjuraron también el cisma. Los afiliados á todos esos conversos han imitado su conducta.

El gozo en la comunión armenio-católica es inmenso y muy fundado. Quedan aún por someterse tres monjes y cuatro presbíteros. Estos continúan en el cisma con sus adeptos, mas como no tienen ningún obispo en su favor no podrán sostenerse mucho tiempo.

Otra conversión ha tenido lugar en Malatia: el abad Leon Tchekimian ha hecho también la abjuración del cisma, y cuando recitaba las fórmulas canónicas detestando su crimen en la capilla de Padres Capuchinos de Malatia, la emoción del pueblo que presenciaba el acto fué tan viva que hubo necesidad de abreviar la abjuración.

En Nevechir, que dista seis horas de Cesarea, seiscientos armenios del cisma denominado gregoriano han pedido ser recibidos en la Iglesia católica. El número de los cismáticos que con sus prelados se han adherido á Roma se eleva á 1,450. Sus nombres constan en registros formados *ad hoc*.

Conocidas son las dudas y vacilaciones de la Puerta acerca de las disposiciones necesarias para que el Sínodo de los obispos armenio-católicos pudiese proceder á la elección del nuevo patriarca. En uno de los últimos consejos de ministros insistió Said-Bajá en que se expidiese al patriarcado armenio-católico el *buyrullu* (orden imperial); y como algunos miembros del Gabinete formularon ciertas objeciones, el primer ministro demostró que sería una injusticia cruel diferir por más tiempo la expedición de este negocio. Después de haberse deliberado ampliamente este asunto, el Consejo de ministros decidió por unanimidad el envío del *buyrullu* al patriarcado armenio-católico; pero luego llegó el incidente de Túnez, y la prensa turca empezó una campaña terrible contra Francia. La Puerta misma no ocultó su descontento, y la corriente antifrancesa tomó cuerpo en el palacio. El asunto de la comunidad armenio-católica quedó entonces en suspenso, porque los turcos creían vengarse así de Francia. Sin embargo, la conducta de los armenios ha sido ejemplar respecto al Sultan, y hasta los gobernadores generales de las provincias, en sus cartas dirigidas á Said-Bajá, primer ministro, han manifestado gran satisfacción por la conducta tan sabia y tan prudente de los obispos armenio-católicos.

Se asegura que el Padre Santo está muy descontento de esta actitud de la Puerta, á la cual ha dado tantas pruebas de amistad y simpatía. Pronto hará siete meses que la Silla patriarcal está vacante; la mayor parte de los obispos armenio-católicos reunidos en Constantinopla están todo este tiempo ausentes de sus diócesis, y sobre la caja patriarcal pesan gastos considerables, sin que la Puerta tome ninguna resolución. Pero ni la Santa Sede ni el episcopado armenio-católico pueden continuar indefinidamente en este estado de incertidumbre y de duda. ¿Se acabará por tomar alguna medida?

Valaquia (Rumania).— De Bucharest escriben lo siguiente:

«Desde los primeros días en que la administración de la doble diócesis de Nicópolis y de Bucharest fué confiada por la Santa Sede al Ilmo. Ignacio Paoli, este Prelado pensó en la erección de un Seminario. Hace algunos años ha recogido de él algunos frutos, mas ahora puede decirse que ha llegado el tiempo de una abundante mies. El 13 de Febrero cuatro alumnos que habian terminado su curso de teología recibieron la ordenación sacerdotal en la iglesia de Bucharest.

Una inmensa muchedumbre, compuesta no solamente de fieles, sino tambien de protestantes y cismáticos, asistió á la ceremonia, y muchos de los concurrentes, no habiendo podido penetrar en el sagrado recinto, tuvieron que permanecer fuera, siguiendo del mejor modo que podian las ceremonias y preces de la ordenacion.

«La formacion de un clero indígena es una de las bases más sólidas de la evangelizacion y una prueba evidente de los progresos que hace la Religion en estos países, separados hace tantos siglos del centro de la unidad católica. Estos cuatro nuevos sacerdotes hacen subir á diez el número de los que han sido ordenados desde que existe el seminario. Los fieles están gozosos con tener pastores de su nacionalidad, y tal estado de cosas facilita y aumenta la eficacia del ministerio eclesiástico.

«El gran seminario, en donde los jóvenes Levitas se dedican al estudio de la filosofía y de las ciencias sagradas, cuenta hoy catorce alumnos, y á medida que estos sean ordenados sacerdotes les sustituirán los muchachos del pequeño seminario, que son hoy diez y siete. No hablamos aquí de todos los que aspiran á ser admitidos en una de ambas instituciones y cuyos deseos no es posible satisfacer por falta de local é insuficiencia de recursos.

«Tal es la floreciente situacion de dichos establecimientos que nuestro venerable Prelado ha conseguido fundar y cuyo mantenimiento le cuesta tantos sacrificios. Ante todo debemos dar gracias á Dios, que se ha dignado bendecir de un modo tan visible esta Mision; pero tambien debemos un tributo de homenaje y gratitud á los bienhechores de la *Obra de la propagacion de la fe*, instrumentos de la divina Providencia y cooperadores de Dios en el cumplimiento de tan gran bien, porque este seminario no es más que el fruto de su generosa caridad.»

Kiang-nan (China). — En las dos provincias confiadas á los Padres de la Compañía de Jesús recibieron el Bautismo más de 28,000 infieles desde Julio de 1879 á igual mes de 1880. En dicho número van comprendidos más de 4,000 adultos. Cuéntanse por miles los alumnos paganos que frecuentan sus escuelas, y entre ellos no hay uno que no conozca las verdades fundamentales de nuestra religion. Hace algunos años los infieles no hubieran querido, por todo lo del mundo, confiar sus hijos á los misioneros. Estos publican un periódico católico, escrito en chino por Jesuitas indígenas y leído en todas las provincias por centenares de suscritores paganos. Esta publicacion ha conciliado á los Padres la estima de los letrados, que no há mucho miraban á los cristianos como ignorantes en literatura. Además los misioneros acaban de abrir en Sang-hai un colegio cosmopolita, que cuenta ya discípulos pertenecientes á siete ú ocho naciones diferentes, y sujetos todos á un reglamento comun. Distintas veces han intentado los protestantes hacerles la oposicion por igual medio, pero sus esfuerzos han fracasado.

—En la carta que escribe un misionero jesuita encontramos el siguiente admirable rasgo de la divina Providencia:

«Habiendo subido, dice, á un barco que debía conducirme al término de mi excursion apostólica, encontré un pobre niño á quien sólo restaba un soplo de vida. Como no habia allí mujer alguna, interrogué á los barqueros, quienes me respondieron:

«Padre, nosotros hemos ido por la mañana á dar una vuelta por la ciudad, y al pié de las murallas hemos encontrado este niño expuesto al sol, y á quien habrán abandonado sus padres.

«Era esta una bella ocasion para salvar á un alma, y me apresuré á aprovecharla. Pero habia una dificultad: mis hombres eran paganos: ¿cómo, pues, bautizar al pobre niño moribundo? Verian mi accion, y acaso me acusarian de su muerte.

«—¿Quereis vendérmelo? les pregunté.

«—¿Cuánto nos dará el Padre? dijeron ellos despues de reflexionar un poco.

«—¿Cuánto quereis?

«—Veintidos piastras (110 francos).

«Mucho era para mi pobre bolsa; pero, como conozco cuánto aman los chinos á las chapecas, no me desconcerté.

«No hablemos más de esto, les dije; pero vais á perder una excelente ocasion para ganar algunas chapecas. Antes de dos horas el niño habrá muerto, y os aseguro que habréis hecho buen negocio.

«—¡Ea! denos el Padre 6 piastras!

«—¡No! el niño va á morir; no estoy para más!

«Tenia el aire tan resuelto, que me dijeron:

«—Pero, en fin, ¿cuánto da el Padre?

«—¡Tomad! aquí teneis 2 piastras, y ni una chapeca más! ¿Aceptáis? Pronto; de otro modo, no lo quiero á ningun precio.

«Tomaron las 2 piastras, y el niño fué mio. Sirvióle de cama mi manta; y mojado un pañuelo en el agua del rio, fingí querer lavarle el rostro. Luego, pasada la primera admiracion de esa gente y al volver las espaldas, esprimí el pañuelo; y al mismo tiempo que corría el agua sobre la frente del moribundo, pronuncié las palabras que le hacian hijo de Dios. Un cuarto de hora despues su alma volaba al cielo. Despues de Dios, á mí me debia su salvacion... digo mal, la debia á las almas caritativas que pusieron en mí bolsa los 10 francos con los que pude rescatar á ese pobre niño. Sentíame feliz, pues á lo menos esa alma estaba bien salvada, y no habia duda posible.

«Episodios son estos de la vida apostólica que hacen olvidar toda fatiga.»

Hong-kong (China).—A principios de Enero el Ilmo. Raimondi, vicario apostólico de Hong-kong, tuvo el consuelo de visitar la poblacion cristiana de Pak-sau en el distrito de Su-non, en donde más de ochenta neófitos se convirtieron el año pasado. De Pak-sau el Prelado se dirigió á Wani-chu para abrir una nueva capilla, quedando altamente consolado del número de catecúmenos: en sólo tres distritos más de 400 indígenas se preparan actualmente para recibir el Bautismo.

Japon.—El Rdo. Sauret comunica desde Nagasaki las noticias siguientes:

«...El 3 de Noviembre deberé partir á Imamura, en la provincia de Tshikugo. Es una nueva Mision que cuenta un millar de cristianos, y en ella quedará instalado fijamente. Hasta ahora no habia podido residir allí uno de nosotros más que un mes cada año.

«En dicha provincia la mayor parte de los habitantes no son completamente paganos. Los que descienden de las familias de nuestros mártires viven separados de los infieles, y han conservado una fórmula de bautismo más ó menos válida. No todos vuelven con facilidad á nosotros, pues temen todavía la persecucion, y además de esto es duro abrazar la vida cristiana cuando se vive como verdadero japonés. Tienen, sí, el nombre de cristianos; algunos hasta bautizan válidamente, y otros en menor número han retenido nuestras antiguas fórmulas de oracion.

«Es admirable que esos descendientes de los antiguos cristianos hayan conservado así las prácticas de nuestra santa religion. Yo mismo he visto honrados en cierto lugar los misterios del Rosario, y las reuniones mensuales presididas por un bonzo. En Kisti-Ki, en donde actualmente hay muchos de esos hijos de cristianos; el ilustrísimo Petitjean les ha oido cantar este año la letania Lauretana en latin, y la única falta que advirtió fué la de decir *Ora nobis*, omitiendo el *pro*. Por espacio de 200 años, hasta 1870, pasaban los esbirros y soldados por todas las casas, y cada miembro de la familia debia pisar la cruz bajo pena de tortura y destierro. Además, para el bautismo y las preces que se han transmitido, veíanse obligados á obrar en secreto. Esto no obstante, muchos miles de familias han conservado el depósito de la fe cristiana durante más de dos siglos.

«El Ilmo. Petitjean vivió largo tiempo en el Japon sin poder convertir una sola alma. Otros que le precedieron habianse desalentado y vuelto á Europa. Hizo construir una iglesia en Nagasaki, en donde recibia muchas visitas, pero conversion ninguna. Oraba un día delante del altar, estando la iglesia casi llena de japoneses, cuando se adelantó hácia él una mujer y le dijo:

«—Papa Sama, nosotros tenemos el mismo corazon que vos; María es nuestra Madre y Papa Sama nuestro Padre: ¿cuál es actualmente su nombre?... Durokini, Lotome, los Goto, son tambien cristianos, y nosotros somos numerosos.

«Calculad cuál seria el gozo del misionero ante tales declaraciones. Algunos dias despues, muchos centenares de personas pedian se las instruyese en los principales misterios de nuestra fe.

«En 1870 los cristianos eran ya cerca de 3,000, y fueron todos conducidos al destierro, en donde murieron en su mayor parte. Los sobrevivientes pudieron al fin volver á sus hogares y trabajar en la conversion de los demás. Hoy cuéntanse más de 20,000 en Nagasaki: el ministerio apostólico en esta ciudad está lleno de consuelos, y cada año es admirable el número de los que vienen á engrosar nuestras filas. Por desgracia no podemos circular fácilmente en el Japon, pues necesitamos siempre un pasaporte, se nos niega el derecho de alojarnos en casas particulares, y tenemos prohibicion formal de negociar ú ocuparnos en doctrina; pero allí donde los cristianos son un poco numerosos se hacen respetar de los paganos, y entonces se deja al misionero en paz...»

Penjab (Indostan).—El Ilmo. Tossi, vicario apostólico del Penjab, escribe lo siguiente:

«Hallábame hace poco al pié de los montes Himalaya para fijar con el Ilmo. Jacobi, vicario apostólico de Agra, los límites de mi nuevo vicariato apostólico. En este intermedio, lord Ripon, gobernador general de las Indias, volvía á Calcuta de la residencia del vice-reinado de Simla. El domingo siguiente, el virey asistió á la misa celebrada por el Ilmo. Jacobi en la capilla de las Hermanas, y recibió la sagrada Comunión. Yo dije la misa de acción de gracias. La capilla estaba llena de europeos y de indígenas, que salieron todos edificadas de la piedad de lord Ripon.»

—Hé aquí el extracto de una carta que publica *The Tablet*:

«Simla es una estacion de Himalaya, situada en el camino real del Tibet, á 7,800 piés sobre el nivel del mar: es la residencia de verano del virey, del general en jefe y del gobernador del Punjab, y es la Cápua de la India. Como ahora tenemos un Virey católico, el Obispo de Agra ha querido que en Simla hubiera una capilla pública y un sacerdote *ad hoc*.

«El Virey es un excelente católico práctico, que todos los domingos acude á la misa mayor, así como á Vísperas por la tarde, comulgando en público una vez al mes. Tiene consigo un capellan, el Rdo. P. Keer, escocés, convertido á nuestra santa fe, y que hace pocos años era capitán de navío.

«Este capellan dice misa todos los días, asistiendo el marqués de Ripon y sus criados. A unas dos millas de la estacion hay un magnífico convento de monjas, que tienen á su cargo un asilo para niñas pobres y un colegio para señoritas, en el que se encuentran muchísimas hijas de las familias inglesas establecidas y empleadas en la India, y entre ellas no pocas de familias protestantes atraídas por la excelente educacion y lo sano de la localidad.

«Los progresos de nuestra santa religion son tan grandes, que se trata de construir una nueva capilla con su presbiterio y una escuela para muchachos; y aunque el presupuesto de estas obras y su sostenimiento es bastante crecido, debemos esperar de Dios y de su santa Madre que se llevará á rápida y completa realizacion.»

Egipto.—La sagrada Congregacion de la Propaganda ha autorizado á los Padres Jesuitas del Cairo para agregar un colegio al seminario copto que en dicha ciudad dirigen.

El seminario está destinado á formar el clero católico indígena que más tarde misionará entre sus compatriotas los coptos cismáticos, que suman medio millon de almas; y el colegio tiene por objeto la instruccion de la juventud seglar copta. La *Propaganda* de Roma mantiene á sus expensas diez seminaristas. Estos han de permanecer trece años en los estudios.

El cisma copto, que subsiste en el Egipto á causa de la ignorancia religiosa, no dudamos recibirá un golpe mortal cuando el clero copto católico, formado bajo la direccion de los Padres de la Compañía, comience sus correrías evangélicas por los pueblos cismáticos. Los beneficios que pueden esperarse de este pensamiento nobilísimo son incalculables, tanto más cuanto la Rusia ha propuesto á los coptos cismáticos tomarlos bajo su proteccion, é Inglaterra aspira, por medio de las escuelas, á atraerlos á la herejía. Muchas de las poblaciones cismáticas piden sacerdotes católicos, y la escasez de operarios no permite cubrir esta imperiosa necesidad.

Abisinia.—Se anuncia la muerte del emperador Ati Juan, que sucumbió en un combate contra los Gallas. Hijo de un jefe del país, durante la guerra de los ingleses contra el *négus* Teodoros (1868), habiase puesto del lado de los europeos. Proclamado rey á la muerte de Teodoros por gran número de caudillos, no tardó en gozar de una autoridad absoluta, y fué reconocido como *négus* en 1871. Nuestros habituales lectores conocen ya las relaciones de los misioneros con este déspota orgulloso y cruel. La muerte prematura de este monarca (contaba 45 años) hace esperar días de paz para la Mision de los Gallas. Miguel, hijo mayor de Ati Juan, se ha casado con una hija de Menelik, rey de Choa, que, como se sabe, es favorable á los católicos.

Costa de Benin (*Africa occidental*).—Conocido es el deplorable estado de los negros de la Costa de Benin. Ignorantes de todo principio de civilizacion, sólo un corto número de ellos tienen una vaga nocion de Dios. Incultos y malsanos como el país, sus costumbres no son más que una mezcla inmundada de corrupciones y de prácticas paganas, y de aquí los crueles instintos que les dominan.

Hace veinte años que los misioneros trabajan en la regeneracion de aquellos infelices pueblos, pereciendo muchos víctimas de su abnegacion. Su sacrificio acepto á Dios y el celo de los que les han

reemplazado en sus penosas tareas han dado por resultado numerosas conversiones. Por desgracia la escasez de recursos dificulta la accion de los misioneros, imposibilitados por dicho motivo de construir iglesias un poco dignas de la Majestad divina y de las ceremonias del culto católico.

«El exiguo número y la pobreza de nuestras iglesias, escribía poco há un misionero, parecen atestiguar á los ojos de los indígenas la inferioridad del catolicismo, mientras el protestantismo les impone por su dinero, por la magnificencia de sus templos y el lujo de su culto. Hay en esto un obstáculo muy grande á los progresos que podríamos obtener en condiciones un poco menos miserables. Hace mucho tiempo hacemos todos los esfuerzos para reunir algunos fondos con objeto de construir iglesias; pero los resultados conseguidos son tan débiles que no podemos determinarnos á empresa alguna seria.

«En donde esta necesidad se muestra en la más completa desnudez es en Lagos, ciudad negra de 50,000 almas, centro de una colonia inglesa en plena prosperidad. Anglicanos, wesleyanos y baptistas parece se han dado allí cita para mover al catolicismo guerra encarnizada. Es, pues, indispensable, para atraer á la verdadera doctrina á pueblos ignorantes y que aman la pompa exterior, construir en Lagos una iglesia en la que podamos celebrar como conviene las ceremonias del culto. Necesitanla tambien nuestros católicos para mantener viva su piedad; así es que no cesan de reclamar una iglesia de ladrillos, que quieren dedicar á Nuestra Señora de los Dolores. Hace algunos años se imponen con este objeto algunos sacrificios que unidos á nuestras economías nos han permitido reunir cien mil ladrillos. Con tal organizacion es evidente que tardaremos mucho en conseguir nuestro deseo, si no viene en nuestro auxilio la caridad de las almas generosas.»

—En la pág. 241 damos una vista de la iglesia de Lagos, construida de bambúes y cubierta de paja, y levantada en 1874 para reemplazar á otra iglesia todavía más miserable. Mide unos 18 metros de largo por 6 de ancho. La campana que se ve á la derecha es un regalo de los cristianos de Lagos. Fué fundida en Dublin (Irlanda) y costó 1,700 pesetas. —El misionero situado en el centro del grupo que ocupa el primer término es el Rdo. Cloud, superior de la estacion. A su derecha hay un anciano, llamado Antonio, que antes de la llegada de los misioneros á Lagos ejercía las funciones de catequista entre sus compatriotas cristianos, antiguos esclavos vultos del Brasil.

Natal (*Africa meridional*).—El P. Schoch, oblato de Maria Inmaculada, escribe desde Kimberley el 14 de Enero:

«El Ilmo. Jolivet, nuestro vicario apostólico, ha pasado seis meses en Transvaal, donde ha fundado la Mision de Liddenburgo y un colegio en Pretoria.

«Hacia el 20 de Diciembre le esperábamos en Kimberley para asistir á la inauguracion de nuestra nueva iglesia, que será tal vez la más bella del Africa meridional. Habian pasado ocho días despues de la época designada para la inauguracion, y nos encontrábamos sin tener noticia de nuestro Prelado, hasta que al fin supimos que en el camino de Pretoria á Kimberley habia caído en manos de los Boers, insurreccionados contra los ingleses, y que todos los viajeros habian sufrido la misma suerte. No tardamos en saber que el Prelado habia, en fin, obtenido un pasaporte para Free-State, desde donde pudo llegar á Bloemfontein. Sus compañeros de viaje están todavía en poder de los Boers.

«Los ingleses andan todavía en tratos con los Basutos. Nuestros Padres de Basutolandia han sido respetados por los insurgentes, pero las Misiones sufren mucho, y cuando la guerra termine quedarán sin recursos. Ignoro cómo se saldrá de este contratiempo.»

Seychelles (*Africa*).—Hace poco partieron dos religiosos Capuchinos para el archipiélago de las Seychelles, en las posesiones inglesas del Oceano indio. Esta lejana Mision fué erigida el año último por Leon XIII en vicariato apostólico. Como el P. Ignacio de Villafranca, primer obispo, consagrado en Chambery el 19 de Setiembre de 1880, se viese imposibilitado para llenar sus funciones á consecuencia de una enfermedad incurable, la Congregacion de la Propaganda, á propuesta de los superiores de la Orden, ha confiado al P. Edmundo, con las atribuciones de vice-prefecto, la direccion de la Mision. Este religioso, acompañado del P. Calixto, se embarcó en Marsella el 6 de Febrero último.

Canadá.—El P. Blanchet, oblato de Maria Inmaculada y misionero de la diócesis de San Alberto, escribe desde esta ciudad:

«He vuelto del lago La Biche, en donde he pasado dos meses en compañía del P. Grouard. Hemos impreso allí 1,900 ejemplares de libros de religion para los salvajes, y el Padre quería retenerme algun tiempo más para construir el altar mayor de su nueva iglesia, pero nuestro venerable obispo el Ilmo. Grandin me llamaba á San Alberto.

«Formaban parte de la caravana una religiosa y una jóven que le acompañaba, y muchos hombres para conducir los trineos y nuestro bagaje. Los viajes son penosos en invierno, cuando hay de cuatro á cinco piés de nieve. Cada tarde, para nuestro doble campamento, teníamos que quitar la nieve en una extension de diez piés por quince, y luego preparar leña para toda la noche. Este trabajo absorbía más de dos horas. Despues de cenar, los hombres se entretenían un rato fumando, siendo preciso mientras tanto contarles algunas historias. A las nueve de la noche rezábamos el Rosario y algunas otras oraciones, y luego nos retirábamos á descansar. A las cuatro de la madrugada nos levantábamos, y despues de orar un poco y tomar té, emprendíamos la marcha. Durante el viaje tuvimos un tiempo magnífico, si bien el frío era bastante intenso, y al cabo de seis dias llegábamos á San Alberto.

«Al vernos de léjos, vinieron las Hermanas á recibir á su querida compañera, ausente hacia más de tres semanas. Algunos minutos despues dirigíme á la residencia episcopal para echarme á los piés del ilustrísimo Grandin y recibir su bendicion. Encontrábame de nuevo entre mis hermanos de San Alberto.

«Despues de Pascua S. I. se puso en camino para visitar una parte de su diócesis, hácia el Este. A su vez el P. Leduc iba á visitar una de nuestras Misiones entre los Piés-Negros, debiendo durar su ausencia todo el verano y una parte del otoño; de modo que recibí el cargo de reemplazar al superior. Nuestro Prelado me hizo además capellan del convento por tres años. A esto hay que agregar los trabajos manuales, que no faltan, pues soy todo un regente de imprenta. Esta es pequeña, pero está bien montada, y casi soy el único en conocer un poco este trabajo.»

Estados-Unidos. — El reverendo Janssens, vicario general de Richmond, ha sido nombrado obispo de Natchez. El nuevo Prelado nació en Tilburg, en el Brabante septentrional (Holanda), de una antigua é ilustre familia, el 17 de Octubre de 1843. Terminados sus estudios en el colegio de Lovaina, fué ordenado sacerdote el 21 de Diciembre de 1867. Despues de las fiestas del Centenario de san Pedro, el Ilmo. Mac-Gill, entonces obispo de Richmond, se detuvo en Lovaina y dirigió algunas palabras á los alumnos hablándoles del escaso número de sacerdotes que contaba en su diócesis, y era tal su tristeza al expresarles este pensamiento, que no pudo reprimir las lágrimas. Dos corazones generosos se decidieron entonces á abrazar la vida del misionero, y partieron á la Virginia. Eran los Rdos. Janssens y Van der Place, fallecido este último santamente en Petersburg. Desde 1873 ha ocupado el Rdo. Janssens puestos importantes, y por último ha sido agraciado con la Sede de Natchez, que se complace en tener un obispo jóven, ilustrado, lleno de actividad y de celo.

—El Rdo. Néraz, administrador de la diócesis de San Antonio (Tejas), ha sido nombrado obispo de dicha Sede.

Nueva Nursia (Australia occidental). — El Ilmo. Fr. Rosendo Salvado, obispo de Puerto-Victoria, escribe que en el año actual, á pesar

de su salud alterada, vendrá á Europa á fin de hacer su visita *ad limina*, dar cuenta del estado de su Sede al soberano pontifice Leon XIII, del cual es particularmente conocido, y venir á España á reclutar operarios para su obra de civilizacion cristiana, y fundar un noviciado benedictino, á cuya ilustre Orden pertenece.

El proyecto de restablecer el antiguo convento de Samos que abriga los Benedictinos españoles y la restauracion comenzada del insigne monasterio de Santo Domingo de Silos, en Castilla, por los Benedictinos de la Congregacion de Francia, favorecerán los intentos del Ilmo. Salvado, apóstol hace muchos años de la Australia occidental y cuyos trabajos apostólicos conocen ya nuestros lectores (1).

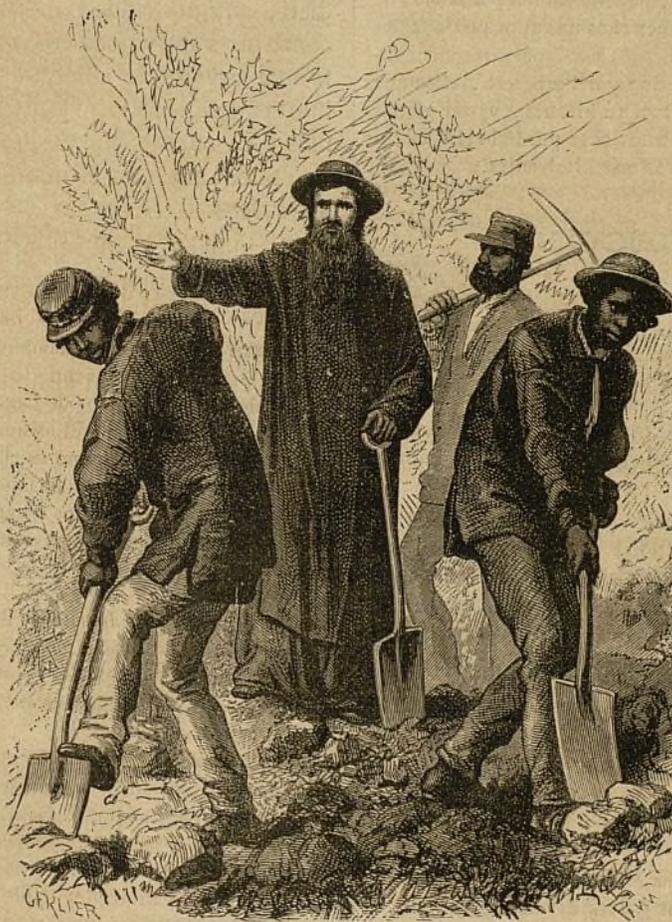
—Una carta de fecha reciente escrita por uno de los religiosos Benedictinos de Nueva-Nursia refería del siguiente modo el estado actual de aquella colonia:

«Aquí en este rincón del mundo y á 5,000 leguas de nuestra patria nos hallamos 65 españoles benedictinos dedicados á la conversion y civilizacion de estos pobres salvajes, de los cuales tenemos 80 en nuestra compañía, á quienes alimentamos y damos todo lo necesario para la vida. Para mantenerlos y mantenernos, solamente contamos con algunas limosnas que nos vienen de Europa y con lo que produce nuestra economia y el sudor de nuestra frente.

«Nosotros aquí lo hacemos todo: aramos las tierras, las sembramos, segamos, trillamos, molemos el grano, amasamos el pan. Nosotros somos médicos, cirujanos, boticarios, músicos, pintores, escultores, ingenieros, arquitectos, agrimensores, relojeros, fotógrafos, albañiles, sastres, zapateros, carpinteros, herreros, hojalateros, albéitares, hortelanos, cereros, panaderos, carreteros... en fin, ejercemos todos los oficios necesarios para la vida en sociedad. Y no sólo prestamos nuestros servicios á los salvajes, sino que además favorecemos á la gente blanca y civilizada; pues como la capital de esta colonia (Perth) se halla á la respetable distancia de 28 leguas de este punto, todos los labradores de estas inmediaciones aquí acuden en sus enfermedades, y aquí son curados y asistidos con todo lo necesario. Y esto no lo hacemos solamente con los católicos, sino que también asistimos de la misma manera á todos los demás que pertenecen á otras distintas comuniones religiosas. Y sin embargo que procuramos huir

de toda polémica religiosa con personas que profesan distinta religion de la nuestra, no por eso deja de haber cada año bastantes conversiones al Catolicismo entre los que viven en las inmediaciones; con la particularidad de que estos mismos convertidos atraen despues á otros. Y realmente ellos ven aquí á 65 hombres vestidos con un pobre hábito y que abandonando su patria y su familia han venido á estas remotas tierras sin más objeto que convertir y civilizar á estos infelices salvajes. Ellos observan que estos mismos hombres se levantan todos los dias á las dos de la madrugada para ir al coro á alabar á Dios hasta las seis; que despues ocupan el resto del dia en trabajar para mantener á estos nativos y demás que se presentan, sin que por todos estos trabajos esperen más recompensa que la del cielo; que despues, al anochecer, de nuevo vuelven al coro, y en él están dos horas alabando á Dios... Esto de suyo se recomienda, y este sermón

(1) V. en el tomo primero el extenso trabajo que sobre la *Nueva Nursia* escribió el benedictino dom Berengier y que empieza en la página 16.



NUEVA NURSIA (Australia).—Misionero benedictino y cultivadores australianos.

mudo es más elocuente y tiene más fuerza para ellos que todos cuantos sermones les pueden predicar sus pastores...»

—La colonia benedictina de Nueva-Nursia ocupa un inmenso espacio de terreno que forma un verdadero oasis de la civilización en el centro de un país virgen. Todo aquel terreno está cultivado, asombrosamente cultivado: allí se ven campos de trigo, maíz, cebada, prados magníficos en que pastan innumerables ganados; extensas huertas de hortaliza y árboles frutales, preciosos jardines en que se cultivan arbustos y flores de todos los puntos del globo; todo fecundizado por varios arroyos; todo esmaltado, por decirlo así, de chalets y edificios de formas correctas; todo dominado por una hermosa iglesia que se levanta en el declive superior del terreno y por un monasterio de forma patriarcal, colocado entre el hospital y la hospedería. Nada falta allí de lo necesario: talleres, herrerías, escuelas; y hasta en medio de los bosques, en lo alto de una colina que se diría providencialmente levantada y como si estuviera suspendida sobre los árboles, un santuario de peregrinación-dedicado á la Virgen Inmaculada.

Tal es la Nueva-Nursia: aquel paisaje, aquella población, aquella aldea por la distribución del terreno, aquella familia por la vida de sus moradores, se han formado en veinte años por unos pocos frailes españoles; esos frailes expulsados de España por ignorantes y enemigos á la vez de la patria, de la civilización y del progreso, ellos que le han dado los hombres que más ilustran su historia, y sus glorias más puras, y su civilización, tan resistente, si se puede hablar así, á los ejemplos más deletéreos y á las leyes más disolventes.

MARRUECOS.

APUNTES PARA SERVIR Á LA HISTORIA DEL MAGREB.

X.

La ciudad de Tit.—Origen de Saffi.—Un pueblo libre.—Heróica defensa.—Rendición de Saffi.—Los portugueses.—Sitio por los moros.—El capitán Ataide.—Días de sangre.—Situación aflictiva.—Socorro á tiempo.—Fruto de la victoria.—El botín perdido.—Correrías.—Otro sitio desgraciado.—Prosperidad.—Abandono y ruina de Saffi.—Reedificación.—Estado actual.—Barrio privilegiado.—Palacio del Sultán.—Población y comercio.

A 10 kilómetros de Mazagan se encuentran las ruinas de la ciudad de Tit, cuya fundación se atribuye al emperador Tito, y así parece indicarlo su nombre, lo que probaría una notable antigüedad. Esta población se hallaba construida sobre una pequeña eminencia cerca del mar.

Por el ancho campo que encierran sus destruidos muros se colige que debió ser un punto importante y fuerte, pues se ven aún baluartes, almenas y torreones en los lienzos de muralla que han quedado en pie. También se ven muchos arcos y una torre cuadrada en facces iguales, de gran elevación; empero esta torre es de construcción moderna.

Habiendo dicho anteriormente que los moros de Tit molestaban á los mazaganistas, y no siendo hoy aquella ciudad más que un montón de ruinas, entre las que sólo habitan algunos moros en miserables jaimas, no estará de más advertir que en el tiempo en que Mazagan perteneció á Portugal era Tit una villa, aunque pequeña y casi destruida, habitada por moros.

En el *Discurso da Jornada de D. Gonzalo Continho*, pág. 84, nos dice este autor que cuando él la visitó en el año 1625 tenía sus murallas en bastante buen estado, guarnecidas de torres, baluartes y almenas á poca distancia una de otra, cuatro puertas no muy grandes, dos de ellas entre torres perfectamente conservadas. En el centro del circuito de las murallas se conservaban en buen estado muchos arcos y pilares muy bien trabajados que indicaban ser de las naves de un antiguo y grandio-

so templo. En la parte del muro que daba al mar había otra puerta que servía para salir á la ribera, en donde se veían claramente los restos de un muelle, y una torre pequeña, pero muy fuerte, para la defensa del mismo muelle. Algunos moradores de Mazagan hallaron en Tit varios sepulcros antiguos con caracteres ya gastados, hasta el punto de no ser posible leerlos, pero que se conocía claramente que no eran árabes.

Después de la toma de Asimur en 1513, los portugueses se apoderaron también de Tit; pero la abandonaron poco después, considerando que su conservación les era no sólo inútil sino perjudicial, por tener que dividir sus pocas fuerzas en muchos puntos á la vez.

Continuando el camino de Saffi, que es bastante accidentado por la parte de la playa, y 25 kilómetros antes de llegar á esta ciudad, se encuentran las ruinas de Ualidiah, antigua ciudad moruna. En este sitio se podría construir á muy poca costa un magnífico y seguro puerto que sirviese de albergue en caso de necesidad á los buques que recorren la costa. Este puerto sería tanto más útil, cuanto que desgraciadamente no hay uno solo que pueda merecer el nombre de tal en toda la costa de Marruecos.

La ciudad de Saffi se encuentra en la confluencia de dos pequeñas montañas, en la provincia de Abda, á 128 kilómetros de Mazagan y 140 N. O. de Marruecos. Según hemos leído en un acreditado autor, tuvo antiguamente esta población el nombre de *Sophia*, y hay quien asegura (1) que los cartagineses dirigidos por su capitán Annone la fundaron é incorporaron á sus colonias, habiendo llegado á ser una de las ciudades libio-fenicias más florecientes y ricas, por el extenso comercio que en ella se hacía.

Ignórase la fecha exacta en que Saffi cayó en poder de los árabes, por lo que sólo podemos conjeturar que á poca diferencia debió correr la misma suerte que las otras ciudades africanas, que sucesivamente pasaron de los cartagineses y romanos á los godos y moros: lo que está fuera de toda duda es que el momento en que quedó sometida al yugo musulmán fué también el último de su grandeza y prosperidad.

Pero bien que Saffi valiese tan poco bajo los moros, no dejó de excitar la codicia de los europeos, que conocían perfectamente cuál podía ser el porvenir de un pueblo situado en la ventajosa posición en que lo está Saffi. Luego que los portugueses principiaron á establecerse en la costa marroquí, dirigieron sus miradas á la ocupación de este punto importantísimo, y repetidas veces intentaron apoderarse de él. El éxito, sin embargo, estuvo muy lejos de corresponder á sus esfuerzos: sus conatos se estrellaron ante aquellas viejas murallas que encerraban á los moros más independientes y fieros de toda la costa, los cuales, por ser libres, en ocasiones determinadas ni aun obedecían á los sultanes de Marruecos.

Digna es de notarse la circunstancia de que cuando los portugueses acometieron por primera vez á Saffi, sus defensores no contaban más que con sus propios recursos; lo cual aumenta en gran manera el mérito de su heroica defensa. Es de saber que los habitantes de Saffi, exasperados por el despotismo de sus reyes, cansados de sufrir una tiranía siempre en aumento, enarbolaron el

(1) Marmol, *Descriptio Africa*, part. II, cap. I.

lábaro de libertad é independencia, y á su sombra batieron á las desmoralizadas huestes del Sultan. Hicieron pedazos la vil coyunda que les oprimia, y conquistaron el derecho de mandarse por magistrados nombrados de entre sus caudillos. ¿Qué podían, pues, prometerse en Saffi los portugueses? ¿Acaso no eran ellos más odiados por sus habitantes que el Sultan mismo? ¿Habian olvidado que eran cristianos?

La experiencia vino á mostrar á los portugueses la dificultad de la empresa; porque fueron rechazados en diferentes asaltos, teniendo que lamentar sensibles pérdidas.

A pesar de todo, como un decidido empeño y la buena direccion hacen maravillas en la guerra, no se intimidaron los portugueses con sus descalabros anteriores, ni desistieron de su proyecto, viendo que en el tiempo tenian un poderoso auxiliar. Cada mes, cada semana, cada dia que pasaba, era un gran triunfo para los sitiadores, pues los víveres escaseaban en la plaza, y el hambre tenia que conseguir lo que no lograban el plomo ni el acero. En efecto, llegada la miseria al último extremo, se rindió Saffi, obteniendo una capitulacion muy honrosa, merecido y justo testimonio de respeto á los valientes moros que lucharon hasta donde luchan los hombres por su independencia y por su patria.

Los portugueses entraron en Saffi el año 1507, fortificándose desde luego lo mejor que pudieron, como quien conocia que no seria muy pacífica la posesion de tan costosa conquista, y que, dado el carácter de los moros, era de esperar que no tardasen en romper de nuevo las hostilidades. No engañó á los nuevos dueños de Saffi su presentimiento. El interés comun habia unido á los árabes: se trataba de pelear con el enemigo tradicional de su religion y de su patria, y la defensa de estos objetos, caros á todos los pueblos, hizo que pospuestas las disensiones intestinas, y apagados ó velados al menos los motivos de internos resentimientos, se aunasen los esfuerzos de todos para recuperar lo que, quizá por falta de union y patriotismo, se habia perdido.

Sin embargo, aunque desde luego se convino en la necesidad de hacer una guerra incansable á los portugueses, los medios no estaban en relacion con los deseos, por lo cual se pasaron casi tres años sin que los moros intentasen tomar la revancha. Esta dilacion, inesperada de seguro, hizo que los portugueses descansaran tranquilos; y si no podemos decir que tan larga tregua amortiguó su espíritu guerrero, es lo cierto que llegaron á estar desprevenidos, fiados en las aparentes seguridades de paz que los moros no escaseaban.

Gobernaba la plaza, como jefe de la fortaleza que la dominaba, el capitán Ataide; cuando una tarde del mes de Diciembre de 1510 el soldado que vigilaba el campo desde una altísima atalaya dió la voz de «¡A las armas!» Inútil es ponderar la sensacion que esta señal produjo, por lo mismo que ya se iba perdiendo la costumbre de oírlo: todo fué turbacion en aquel instante supremo: las gentes corrian por las calles preguntando qué ocurría, y nadie sabia explicar la causa de tan inusitado movimiento; pero pronto se supo que el centinela habia divisado una nube de moros enemigos que venian en són de guerra sobre la ciudad; no quedando de esto la menor duda cuando corrieron las órdenes del gobernador

para que todos los ciudadanos que fuesen útiles empuñasen las armas y se aprestasen á la defensa.

Ataide, como buen lusitano, dió muestras en esta ocasion de mucha grandeza de ánimo; pues recorrió las calles aconsejando con su ejemplo la calma y el valor, diciendo que confiasen todos en él como él confiaba en Dios y en sus soldados; que no temiesen al ver tal multitud de moros, porque no era la primera vez que un portugués habia peleado contra cinco; y tanto más cuanto que ahora estaban protegidos por baluartes inexpugnables, y si no se podia obligar al enemigo á levantar el sitio, se podria muy bien ganar tiempo hasta que informado el rey mandase el oportuno socorro; que, en fin, en las manos de Dios estaba su suerte y no podia dudar de que El les ayudaria, si como buenos portugueses hacian de su parte lo posible, y no vacilaban entre la muerte de los héroes ó la vergüenza de los cobardes. Este discurso entusiasmó en extremo á la multitud, que pedia armas con exaltacion febril: soldados y paisanos, ricos y pobres, todos recordaron que eran nietos de aquellos varones inclitos que llenaron el mundo con la fama de sus heroicas hazañas, y propusieron derramar la última gota de sangre antes que mancharse con la infamia de la huida ó de una débil resistencia.

Viendo el gobernador tan felices disposiciones, no pudo ya dudar de que la defensa se prolongaria lo necesario: comunicó al gobernador de la isla de Madera su crítica situacion, enviando al efecto un buque aquel mismo dia, y se restituyó á la fortaleza, señalando antes su sitio á cada uno en la muralla, inspeccionándolo todo y quedando satisfecho del estado de las baterías, que aunque pudiera ser más satisfactorio, era lo suficientemente bueno para rechazar el primer ataque.

Los moros tomaron desde luego posiciones en frente de la ciudad; y, como era natural, los portugueses pasaron la noche en el mayor desasosiego, porque no sabian si el enemigo preferiria la oscuridad atacando de improviso. Pero no ocurrió novedad hasta el dia siguiente, en que dando espantosos aullidos se precipitaron los moros sobre las murallas: récio fué el combate, y por ambas partes se luchó con formidable esfuerzo: los unos por reconquistar su ciudad, los otros por conservar lo que tanto les habia costado adquirir, todos peleaban con indecible furia; ya la tarde declinaba, y los moros viendo que eran inútiles sus esfuerzos, se retiraron á su campamento, deseosos de volver á la contienda, tomando de los portugueses ejemplo de valor y de constancia.

Al dia siguiente se renovó el asalto y se repitió la retirada de los sitiadores; pero no disminuyó en un ápice el ciego furor de los combatientes. Los portugueses tenian á su favor la artillería y el estar resguardados por los fuertes, pero tenian en contra la inferioridad numérica, pues los moros cubrian fácilmente sus bajas y llenaban con pasmosa rapidez los enormes huecos que en ellos hacian los tiros de cañon.

Tan obstinado ataque hizo pensar seriamente al esforzado gobernador. Veia, es verdad, á sus soldados llenar su deber sin reparar en la muerte misma; notaba que no habia disminuido el entusiasmo popular; pero ¿se podia prolongar indefinidamente la resistencia? Habia ya perdido muchos capitanes de los más distinguidos; y faltando los que conducian con tanto acierto á las masas

¿cuál iba á ser el fin de la valerosa guarnición y del pueblo entero que así se sacrificaba tal vez inútilmente? Estas tristes reflexiones traían cabizbajo y meditabundo al valeroso Ataíde, cuando se observó la aparición de la escuadra portuguesa, que procedente de Madera venía en auxilio de Saffi.

En tan angustiosas circunstancias no podía ser más oportuna su llegada: desembarcó al día siguiente la gente de guerra, se introdujeron municiones, que ya andaban escasas, y se convino en hacer un esfuerzo supremo para hacer levantar el sitio. A la primera acometida de los moros se contestó con tal vigor y fueron rechazados con tantas pérdidas, que no pensaron en repetir el asalto, y si sólo en encomendar á la fuga la salvación de los restos del numeroso ejército y del convoy inmenso que consigo traía.

Los portugueses no se dieron por satisfechos presenciando la huida del enemigo, antes por el contrario pensaron en continuar la lucha saliendo al campo, con la esperanza bien fundada de recoger un rico botín. Organizóse, pues, una expedición, en la que todos querían tomar parte, siendo difícil persuadir á muchos de la inconveniencia de dejar la ciudad sin suficiente dotación de hombres y armamento. El temor de los moros al notar que el ejército portugués continuaba en su persecución, hizo que todos se desbandasen, creyendo que la cristiandad entera se les venía encima. Los lusitanos siguieron hostilizando á los moros hasta 56 kilómetros al interior. Avance poco prudente, que pudo costarles muy caro, como en parte les costó, porque si bien hicieron gran presa y buen número de prisioneros en los encuentros que tuvieron con los pelotones sueltos del ejército moro, al querer dar vuelta á Saffi hallaron serios obstáculos.

El enemigo había quedado deshecho á la espalda; mas al observar que los cristianos no eran tantos como en un principio había creído, volvió á tomar aliento, abrigando esperanzas de castigar la temeridad portuguesa. Reuniéronse los grupos dispersos, se eligieron jefes entre los menos desprestigiados, y se formó un fuerte cuerpo de tropas, que debía esperar á los portugueses á la vuelta del interior. No habían imaginado éstos que pudieran tropezar con tal inconveniente, por lo que fué grande su sorpresa al ver reaparecer el ejército moro colocado en posiciones escogidas y ventajosas.

Reunidos en consejo los jefes portugueses para decidir lo que debía hacerse en tan inesperado conflicto, se resolvió de comun acuerdo que no era prudente exponer al éxito de una batalla, en la que el enemigo tenía ya la ventaja de la posición, el resultado de tan breve como gloriosa campaña. Se hizo por tanto una retirada en el mejor orden; pero era imposible caminar con un bagaje tan embarazoso: los moros se convencieron también de ello, y se disponían á tomar la ofensiva; por lo cual juzgaron muy prudente abandonar todo ó la mayor parte del botín de guerra con tanto trabajo adquirido. Con esto los soldados portugueses quedaron desembarazados, y pudieron volver á Saffi, disgustados por el abandono forzoso de su presa, pero satisfechos de verse por entonces libres de enemigos cercanos.

Este feliz resultado tuvo el primer sitio de Saffi, que pudo haber sido mucho más satisfactorio si los jefes hubiesen sabido dirigir oportunamente el ímpetu de los soldados. Una persecución menos continuada y más ordenada hubiera hecho á los portugueses dueños de considerables riquezas, armas y prisioneros; pero el deseo de acrecentar el botín hizo que todo lo perdiesen.

Conociendo muy bien el ilustre Ataíde que la inercia en que su ejército vivió por espacio de tres años había sido la causa de que los moros se envalentonasen y de la decadencia del valor de los portugueses, dispuso que se hiciesen continuas correrías al campo de los enemigos con el objeto de que éstos no pensasen de nuevo en la reconquista de Saffi, viendo que los cristianos tenían fuerza, no sólo para defenderla,

sino para hostilizarles en su propio territorio. Estas frecuentes escaramuzas fueron de suma utilidad: con ellas se debilitaba insensiblemente al ejército contrario, que no gozaba un momento de reposo. El mismo gobernador tomaba parte muchas veces en estas excursiones, llegando á tal grado su arrojo, que hubo ocasión en que se presentó ante las puertas mismas de Marruecos al frente de un puñado de soldados. Con esto los moros tuvieron que pensar más en defender sus casas que en asediar una plaza que siempre les había opuesto inquebrantable resistencia.

Así pasaron algunos años, disfrutándose una tranquilidad relativa, hasta que los moros pudieron disponer de artillería de sitio, con la que se decidieron á probar for-



NUEVA NURSIA.—Misionero benedictino y guadañeros australianos.

(Pág. 257).

tuna de nuevo ; pues como atribuían su descalabro anterior á la falta de cañones, creían que en la nueva tentativa sus fuegos apagarían los de los fuertes de la ciudad, con lo que se haría más fácil el asalto.

No podemos calificar de ilusorias estas halagüeñas esperanzas, porque efectivamente consta que en este segundo sitio llegaron á verse los portugueses muy apurados, á causa de haber derribado los moros un lienzo de muralla, abriendo una brecha, no sólo practicable, sino sumamente cómoda. Todo el esfuerzo de sitiados y sitiadores se reconcentró en esta brecha, en la cual se peleaba día y noche con igual encarnizamiento. En aquel reducido espacio fué donde se decidió la suerte de Saffi, y era imponente el horroroso espectáculo que á la vista se ofrecía : los gritos de los combatientes, los lamentos de los heridos, las descargas de fusilería y el estruendo de los cañones formaban un conjunto espantoso. Para contener á los moros habían colocado los portugueses en ambos lados de la brecha enormes piedras que dejaban caer sobre los compactos grupos de los sitiadores, produciendo atroz carnicería, pues destrozaban pelotones enteros de gente.

Ante semejante energía y valor los moros tuvieron que darse por vencidos, huyendo al fondo de sus desiertos á ocultar esta segunda derrota, en la que fué tal el escarmiento y tan grandes las pérdidas, que esta fué la última vez que los moros se atrevieron á cercar á Saffi, sabiendo por dolorosa experiencia que era en vano cuanto se intentase para rendirla.

Los portugueses por su parte pudieron descansar mucho tiempo y aprovechar las ventajas que proporcionaba á su comercio la posesión de la invicta ciudad. De su puerto salían continuamente buques cargados de granos y otros géneros, llegando á ser Saffi una rica colonia cuya preponderancia y bienestar aumentaban visiblemente, gracias á la paz á tan alto precio comprada ó mejor dicho conquistada. Muchos comerciantes europeos vinieron á establecerse en este punto, edificaron hermosas casas, y dieron vida y animación á las artes y al comercio.

Por lo que llevamos expuesto se comprende que Saffi no hubiera salido jamás por la fuerza del dominio de Portugal ; pero como la suerte de esta ciudad era correlativa á la que sufriesen las armas portuguesas en los

demás puntos de la costa, se pensó en evacuarla, por exigirlo así las circunstancias.

Crejóse que sería imposible sostener tan larga línea de plazas y fortalezas, y se hacia preciso que la guarnición y los habitantes de Saffi se replegasen á Mazagan, porque en la eventualidad de ser atacadas las dos plazas era mucho más útil la conservación de la última.

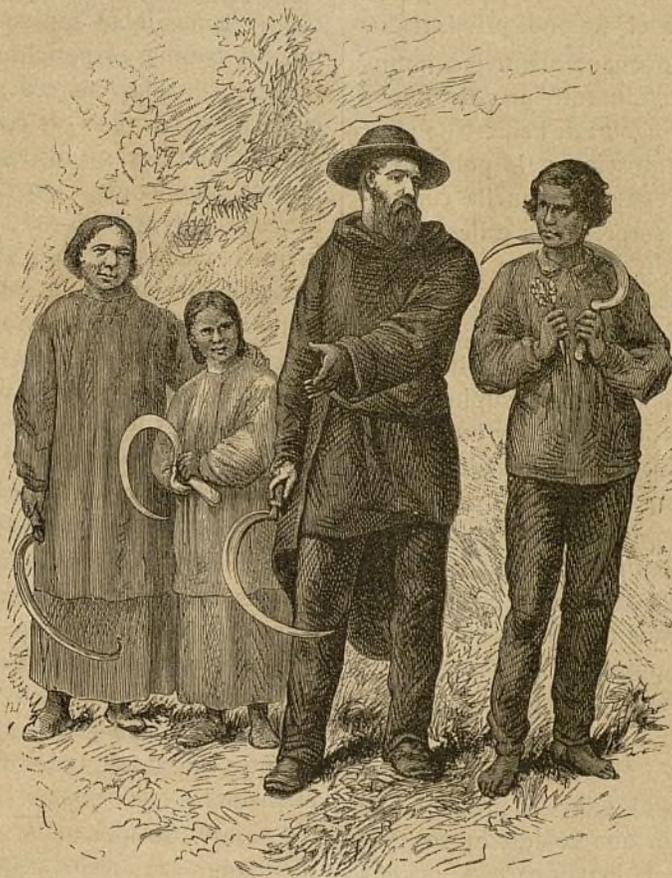
Con arreglo á esta determinación, todo el material de guerra y cuanto se pudo sacar fué trasladado á Mazagan, incluso las imágenes, campanas, aras y demás objetos de las iglesias, sin descuidar el destruir algunas fortificaciones é inutilizar todo medio de defensa, quedando Saffi convertida en escombros. Tan pronto como los portugueses abandonaron la ciudad se aproximaron los moros á tomar posesión de aquel vasto cuadro de ruinas

y desolación, procurando apagar el fuego que aún se conservaba latente bajo los edificios desplomados. La ocupación de los moros se redujo al establecimiento de algunas familias en las casas que se conservaban en mejor estado ; pues para restablecer los fuertes y murallas eran necesarios dispendios que ningún particular podía emplear. En tan misera situación quedó Saffi unos doce años, hasta que el emperador Muley Mohamed Xequé la mandó reedificar hacia el 1542, temeroso de que los cristianos se arrepintiesen de haberla dejado y quisieran ocuparla de nuevo.

Por desgracia, no estaban ni estuvieron después los cristianos en posición de pensar en tal cosa, y desde esta época quedó esta importante plaza en poder de los musulmanes. Uno de los edificios restaurados con

mayor esmero y solicitud fué un grandioso palacio, del cual hablaremos después, que fué residencia temporal de los hijos del Sultán hasta principios de este siglo.

Después de la embajada del conde Breugnon, en 1767, se estableció en Saffi el consulado general de Francia ; pero al año siguiente fué trasladado á Rabat de Salé. Mr. de Chenier, que entonces era encargado de negocios de Luis XV, expuso como primera y principal causa para efectuar este traslado lo grosero y fanático que eran los moros de Saffi, y así sería en aquel tiempo cuando él lo dice, pero por lo mismo debemos advertir que ha cambiado mucho el carácter de aquellos habitantes, puesto que ahora son más civilizados, guardan bas-



NUEVA NURSIA.—Misionero benedictino y segadores australianos.

(Pág. 257).

tantes consideraciones á los europeos, y demuestran tolerancia para con sus usos y costumbres.

Al presente se conservan entre otros vestigios de la dominacion portuguesa en Saffi parte de una iglesia, cuya bóveda está intacta, y en cuyo centro así como á los lados se ven las armas de Portugal y otros varios signos esculpidos en grandes escudos de piedra. Tambien se observa sobre la puerta de la marina una corona Real; y existen fragmentos de rótulos, armas y cruces en la fuerte muralla que hay cerca del embarcadero entre la poblacion y el mar.

El barrio ó calle de Rabat, en el que los comerciantes tienen sus almacenes, es casi tan grande como el resto de Saffi: hay en él algunas ermitas ó sepulcros de santones muy venerados, y el barrio todo es *lugar de refugio ó sagrado*; de suerte que el moro que comete un crimen en la ciudad ó fuera de ella, deja de ser perseguido por la justicia luego que pisa el terreno privilegiado. Los moros suelen aprovechar frecuentemente esta impunidad, y de ello fuimos testigos durante una de nuestras estancias en Saffi. El domingo 22 de Febrero de 1874 se notaba un alboroto extraordinario en la poblacion: nosotros, que no sabíamos la causa de aquella conmocion popular, mirábamos con sorpresa las calles atestadas de gente, veíamos correr de una á otra parte á los soldados y al gobernador, anciano venerable, que hablaba á la apiñada multitud reunida ante su casa, con tan imponentes ademanes, que no dudamos debía ocurrir algo grave. Así era en verdad: pronto supimos que los presos se habian escapado de la cárcel, y huían precipitadamente hácia Rabat. Se habia mandado que se cerrasen las puertas; pero era tarde, pues ya estaban en *sagrado* unos cuantos pájaros de cuenta, que desde allí marchaban á sus respectivos *duares*. No tuvieron tan buena suerte algunos otros que cayeron en poder de los soldados, y volvieron á la cárcel mal heridos y oyendo además las imprecaciones del populacho alborotado.

En dicho barrio de Rabat existe un palacio en ruinas, con preciosa vista al mar: debió ser la morada de algun alto personaje, pues todo indica grandeza y magnificencia, desde el ancho patio embaldosado con mármoles de colores, hasta el lindo mirador que se destaca sobre el edificio, y que está construido la mayor parte de madera primorosamente labrada. Fuera de Rabat se ven los restos de las primitivas murallas de Saffi, las que nos indican lo inmensamente grande que debió ser esta ciudad.

Pero lo que más llama la atencion en Saffi es el castillo ó palacio del Sultan. Es un majestuoso edificio del que se conservan bien tres salones del piso bajo, en el primer patio que se encuentra. Las puertas están delicadamente pintadas al estilo árabe, lo mismo que los techos y demás maderamen. Por todas partes se admiran exquisitos trabajos de filigrana, y se ve que nada faltaba allí de cuanto pueden reclamar la comodidad y el buen gusto. Hay otro patio interior, mucho mayor que el primero, que nos pareció haber sido jardin, y en cuyo centro se levanta una pequeña mezquita en donde hacia sus oraciones la familia imperial. Desde este patio se pasa á otras habitaciones al S. O., y una estrecha escalera conduce al piso superior. En este piso se conserva en mediano estado un departamento llamado *de la Sultana*, que la tradicion señala como la vivienda de una

hermosa renegada favorita de un Sultan, la cual, segun se dice, dió por sí misma el plano de sus suntuosas habitaciones. Estas, con las que les corresponden al E. y dan á la fachada principal, están coronadas por dos torres sencillas, perfectamente cuadradas. Por la parte del castillo que mira al campo hay una buena bateria en la que están montados los mejores cañones de Saffi.

Es por demás penosa la impresion que produce al viajero la vista de edificios de esta clase: ahora son los únicos moradores de aquellos espléndidos salones las golondrinas, palomas y gorriones, presidiendo á estos extraños inquilinos una cigüeña que indefectiblemente anida todos los años en una de las torrecitas. Los graznidos que se escuchan en aquella hoy triste mansion parecen recordar al visitante lo deleznable de las humanas grandezas.

Aunque hay en Saffi algunas casas de bella apariencia, la generalidad son de muy pobre arquitectura, y muchas familias, especialmente judías, viven en casas medio arruinadas. Merece, sin embargo, especial mencion la casa llamada de *ben-Homar*, que si bien no es muy grande, es sin disputa la mejor de las muchas y buenas que hemos visto en el Imperio. Las calles son estrechas é irregulares, si se exceptúa la principal, que divide la ciudad en toda su longitud. En invierno son intransitables por la suciedad que arrastran las aguas: como la poblacion está en un valle, al confluír la lluvia de las montañas laterales, la calle principal se convierte en un verdadero rio, que desagua en el mar. En años muy lluviosos han llegado á ser las avenidas un peligro para el vecindario, pues en diferentes ocasiones subieron las aguas hasta el nivel de los primeros pisos de las casas, arrastrándolo á todo su paso.

El clima de Saffi es excelente en invierno, pero en verano es excesivamente cálido, debido sin duda á la posicion topográfica que ocupa. Los alrededores son deliciosos y muy fértiles: en el valle inmediato á la ciudad hay algunas huertas bien cultivadas en las que vegetan plantas y árboles frutales de varias clases. El número de habitantes asciende á unos 8,000, incluyendo de 50 á 60 cristianos y 1,500 judíos.

Es muy considerable el comercio de esta plaza en granos, lana, cera, aceite y goma; y lo seria mucho más si estuviese dotada de un buen muelle. La falta de puerto seguro es una gran desventaja para Saffi: por eso son pocas las veces que pueden comunicar allí los vapores, y los buques de vela que suelen cargar granos tienen que esperar en invierno meses enteros para poder completar su cargamento. Sucede con frecuencia que el mar está bonancible en el fondeadero, y sin embargo no puede trabajarse en el embarque porque las olas rompen con tal furia en las piedras que hay en la playa, que es de todo punto imposible la salida de los cárabos ó barcasas de los moros; siendo lo más sensible que esta falta podría remediarse fácilmente fabricando un buen muelle á poca costa, por prestarse á ello la misma configuracion de la rada; pero lo que en otro país no presentaria dificultad, se hace insuperable en Marruecos. Estribando la política moruna en evitar á todo trance el roce con los europeos, dicho se está que el gobierno ve con indiferencia, si no con placer, todo lo que tienda á hacer más difícil la residencia de la colonia europea en el país.

COSTUMBRES CHINAS EN KIANG-SU,

POR EL RDO. P. DESJACQUES, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS (1).

IV.—*Los hijos.*

En China todos ó por lo menos con raras excepciones se casan, verificándolo generalmente muy jóvenes, y la poligamia se halla además muy extendida entre las clases acomodadas. Así se explica que las poblaciones se renueven tan rápidamente despues de los continuos estragos de las guerras y de las epidemias. Sin embargo de esto, las familias no son muy numerosas, siendo raras las que cuentan ocho ó diez hijos. Me han asegurado que en el Norte nacen más varones que hembras, sucediendo lo contrario en esta provincia. Desde luego que el tener muchas hijas se considera como una calamidad, hasta el punto de que ricos y pobres no tienen escrúpulo en ahogarlas al nacer, de modo que el gobernador de esta provincia publicó no hace mucho un edicto contra esta bárbara costumbre, si bien no pasa de ser una exhortación paternal, y no una ley sancionada por una pena como debiera. Al infanticidio es necesario añadir la inmoralidad, como causa del número limitado de hijos que rodean el hogar doméstico.

Ese pueblo, que rechaza la bendición de una numerosa posteridad, considera como una desgracia mayor todavía no tener herederos; y cuando la Providencia no los ha concedido ó una muerte prematura los ha arrebatado, los suplen las adopciones. La costumbre exige que se elijan esos hijos adoptivos entre la parentela, y generalmente entre los primos ó sobrinos, pudiendo sin embargo, con el consentimiento de los demás miembros de la familia, adoptar un chino cualquiera, debido á lo cual colocamos entre nuestros cristianos un buen número de niños recogidos por la *Obra de la Santa Infancia*. El hijo adoptivo goza de todos los privilegios de un verdadero hijo, dejando desde luego de hallarse ligado para nada á la familia de la cual es originario, y perteneciendo exclusivamente á la en que ha entrado.

Hay otra especie de adopción menos importante que la adopción propiamente dicha, la cual da entrada en la familia, se conceden los dulces nombres de hermano y hermana, tío y tía, primo y prima, exactamente como se acostumbra en Bretaña; se visitan mutuamente, se hacen algunos regalos, se prestan algunos servicios, y á esto se reduce todo.

V.—*El casamentero.*

Puesto el muchacho bajo la tutela de su preceptor, principia su educación y se prosigue, interviniendo raras veces sus padres, quedando á cargo del maestro el que el discípulo llegue á ser doctor y mandarin, y cuidando los padres de encontrar esposa para su hijo. No tienen contento ni reposo en tanto no hayan anudado el hilo de su posteridad.

¿Os reis? ¡Buscar una novia al nene! ¿No es esto hacerle perder la chaveta? ¡Adios, estudios!—Pero tranquilizaos; porque se le dejará cantar su lección á sus anchas, mañana y tarde, y todo se arreglará sin contar para nada con él.

(1) V. pág. 214.

En todas las cuestiones de matrimonio hay una persona indispensable, el casamentero, el cual lo puede todo, ó por lo menos nada se puede sin él, siendo el que propone, aconseja, arregla, avisa, concluye, dirige, concilia, en una palabra, todo se hace por él, antes, durante y despues de la boda. Si; despues de la boda, si llega el caso de que los caracteres se agrían, se ponen de punta, se enfrian, se golpean, etc., etc, se recurre al casamentero para que ponga paz. Hasta el mandarin, si la causa se somete á su autoridad,—y desgraciadamente el caso no es quimérico,—la refiere al casamentero, y hasta despues que la muerte ha tronchado el nudo que unia á los dos esposos, la desolada viuda se dirige á él para reivindicar sus derechos.

Se comprenderá la importancia de tal personaje, abogado y juez en causas del más difícil desembrollo, al cual, sin embargo, aún no le ha obligado el Gobierno á sacar la correspondiente matrícula, título ó despacho. Verdad es que en el Celeste Imperio existe la libertad profesional, y cada hijo de vecino puede ofrecer á su capricho, segun su vocación, la abogacía, la farmacia, la medicina, etc., y probar fortuna de su cuenta y riesgo. Por otra parte, el ser casamentero no significa ejercer una profesión; es simplemente prestar en aquel caso un servicio á un pariente, á un amigo, y en cierto modo á sí mismo, pues los emolumentos son alguna vez bastante considerables para que se desdeñen. Mas no todos están dotados de las cualidades necesarias para representar tan complicado papel, pues para salir airoso se necesita tener algo y aún algos de diplomático.

(Se continuará).

UNA GRANDE REPARACION.

L'Univers de París recibió dias pasados el siguiente telegrama:

«Roma, 9.—El Tribunal de casación acaba de anular el fallo del Tribunal de apelación, que condenaba á la *Propaganda* á la pérdida de sus bienes. Segun la ejecutoria, el asunto vuelve al Tribunal de apelación de Ancona.»

Otro telegrama publicado por *Le Monde* amplia en los siguientes términos la anterior noticia:

«Roma, 11.—Una sentencia del Tribunal supremo dispone que los bienes de la *Propaganda* están exceptuados de la conversión decretada contra los demás bienes de la Iglesia, y que las leyes relativas á la desamortización no son, por tanto, aplicables á los bienes de la *Propaganda*.

«A consecuencia de una decisión en sentido opuesto al del Tribunal supremo y dictada por la Audiencia de Roma, el Gobierno habia empezado ya á vender las propiedades de la *Propaganda*.

«Se espera venir á un arreglo que repare los daños causados por la precipitación del Gobierno.»

EFEMÉRIDES.

14 JUNIO 1638.—Cerca de Dancaz, en la ribera oriental del lago Tsana, en Etiopía, son colgados y apedreados por odio á la fe romana por los cismáticos de Dembea dos misioneros portugueses de la Compañía de Jesús: Apolinar de Almeyda, obispo de Nicea, y el Padre Francisco Rodríguez.

Novicio á la edad de 14 años, el joven Apolinar puso todo su cuidado en perfeccionarse para cuantos cargos pudiera confiarle la Compañía, é hizo con tanto brillo los estudios sagrados y profanos, que muy pocos oradores y teólogos gozaron de tan alta reputación en las

universidades de Coimbra y de Evora. Designado despues á los cuarenta y un años para coadjutor y sucesor del patriarca de Etiopia, Alfonso Mendez, con el título de obispo de Nicea, embarcóse en 1628, y no llegó á su cara Mision hasta despues de dos años, á través de peligros y de pruebas muy capaces de desanimar á otro de menos valor. Pero la esperanza del mártir sostenia su ardor. Habia tomado por armas episcopales, el dia de su consagracion, un corazon en el cual estaba grabado el santo nombre de Jesús rodeado de las palabras del rey profeta: *Esca populus Ethiopum!* y se consideraba anticipadamente como una feliz victima destinada á servir de pasto á los pueblos que le estaban confiados. Llegado al campo del emperador en 1630, el P. de Almeida tuvo durante dos años la alegría de alcanzar sobre el cisma numerosos triunfos.

Pero á fines de 1632 el advenimiento del nuevo emperador, enemigo jurado de la fe romana, cambió en un momento la faz de las cosas, y un decreto de destierro hirió de súbito al Patriarca y á sus compañeros. Apenas algunos de entre ellos pudieron escapar, merced á una fuga precipitada, de las manos de los cismáticos, y reservarse para mejores tiempos. Oculto durante tres meses en el desierto de Dafalo, á corta distancia del mar, el P. de Almeida estuvo á pique de perecer de hambre, y los mismos encargados de guardarle y mantenerle iban á venderle á los turcos, cuando un fiel portugués le salvó la vida y la libertad.

Descubierto, sin embargo, poco tiempo despues, con el P. Francisco Rodriguez, fueron conducidos al campo del emperador, quien les entregó á uno de los más furiosos cismáticos del Imperio. Cargados de cadenas por este bárbaro, que les abrumaba cada dia de golpes y de ultrajes, los dos servidores de Dios eran además fuertemente atados por la noche á los piés de la cama de su feroz carcelero; pero como encontrasen aún en este indigno cautiverio medios de consolar y sostener á los pobres católicos, blanco de la misma persecucion, les relegaron á los dos á un peñasco habitado únicamente por monjes cismáticos, en medio del lago Tsana, y sufrieron aún, durante un año, todo lo que pudo inventar contra ellos la rabia de aquellos miserables.

El 14 de Junio de 1638, cansado el populacho de esperar una sentencia de muerte que el emperador vacilaba en pronunciar, les arrancó, por fin, de su prision; y despues de haberles colgado de un arbol, apedrearon á los dos santos mártires, destrozándoles el rostro, los ojos, todo el cuerpo, antes de que lanzasen el último suspiro en su suplicio (1).

(1) *Menologio de la Compañia de Jesús*, por el P. Elesban de Guilhermy.

NECROLOGÍA.

Cochinchina oriental (Anam).—El Ilmo. Galibert, vicario apostólico, escribia en 14 de Noviembre de 1880 lo siguiente sobre la corta carrera y prematura muerte del Rdo. Soubeyre, cuyo nombre ha venido á alargar la lista ya tan numerosa de los misioneros que han succumbido víctimas de su celo en el pais de los salvajes Bahnars. Esta carta, dirigida al padre del difunto, dice:

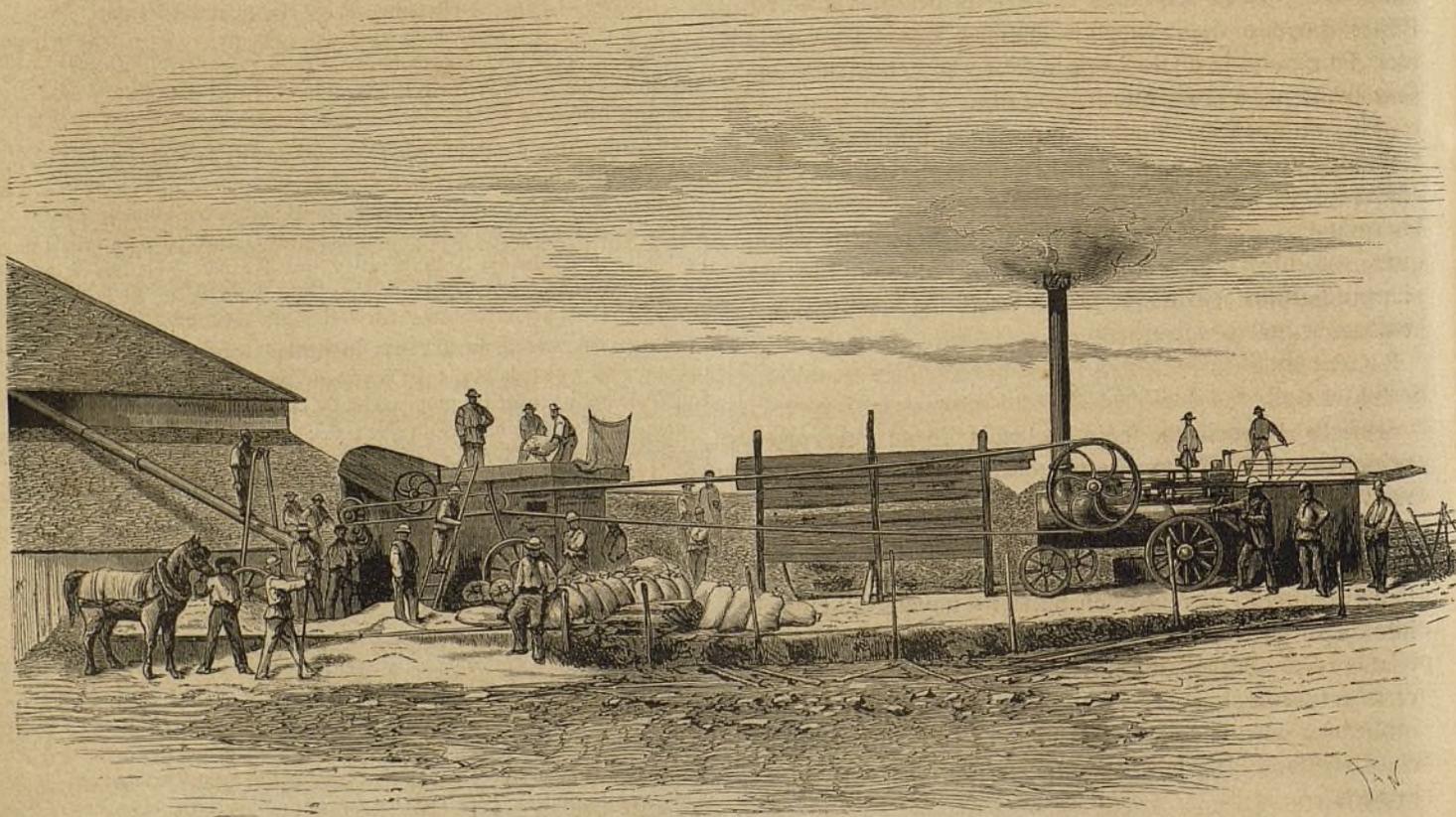
«El Rdo. Soubeyre goza de una vida mejor. Vos llorais un hijo: nosotros lloramos un querido compañero cuyo mayor placer consistia en servir á los demás; lloramos un santo sacerdote que nos sirvió siempre de modelo, un celoso misionero cuyo único deseo fué glorificar á Dios y salvar almas. La memoria de su piedad y de su humildad permanecerá viva entre nosotros, y yo recordaré siempre con gozo las siguientes palabras que en cierta ocasion me escribia: «La humildad y la más perfecta sumision suplirán todo lo que pueda faltarme por otros conceptos, y espero que serán gratas á Dios las disposiciones de mi corazon y que bendecirá mis trabajos.»

«Dios, en efecto, los ha bendecido; pues, colocado en un puesto de confianza, ha triunfado de todas las dificultades que le suscitaba el demonio y que encontraba en el espíritu de los pueblos que evangelizaba: ha convertido, en fin, gran número de almas. Viéndole así protegido de Dios de una manera toda especial, esperábamos mucho de él en lo futuro, pero la muerte nos lo ha arrebatado, sin que circunstancia alguna nos hiciese presagiar anticipadamente tal desgracia.

«...El 26 de Junio comenzó á sentir los primeros ataques de la enfermedad que le ha conducido al sepulcro. Inmediatamente se hizo transportar á la residencia de uno de los misioneros más inmediatos, el Rdo. Dourisboure. Todos los compañeros de las cercanias acudieron presurosos á visitarle, pero nadie notó gravedad alguno en su dolencia, tanto más cuanto otras veces habia tenido la misma enfermedad; hasta que al fin el 3 de Julio aparecieron todos los sintomas de una fiebre pernicioso. El Rdo. Dourisboure le asistió con su acostumbrada abnegacion, sin dejarle de dia ni de noche; administróle la Extremauncion, y no cesó de exhortarle y de ayudarle á bien morir.

«Era el domingo 11 de Julio; á las cuatro de la madrugada, cuando nuestro querido enfermo entregó su hermoso espíritu á Dios.»

Juan Andrés Soubeyre habia nacido el 21 de Febrero de 1853 en un pueblo de la diócesis del Puy. Entró en el Seminario de las Misiones extranjeras el 25 de Setiembre de 1873. Ordenado sacerdote el 24 de Febrero de 1877, partió el 5 de Abril siguiente para la Cochinchina oriental.



NUEVA NURSIA.—Trilladora de vapor servida y dirigida por indigenas australianos. (Pág. 257).